

SERMONES FAVORITOS

Sermones seleccionados

2003-2004

LOS ESPONSALES DIVINOS
Nuestra Señora de Guadalupe, 12 de Diciembre
Gal 4, 4-7; Sal 95; Lc 1, 39-48

Hoy tenemos la gran alegría de celebrar la Virgen María la segunda vez en la misma semana. El oficio hoy está lleno de citas del Cantar de los Cantares, celebrando y meditando sobre su belleza y la hermosura de su amor de Dios. Ahora, tan cerca de Navidad, vemos en esta fiesta la belleza interior de Navidad, que es la experiencia del amor de Dios en el corazón. Es una experiencia poderosa que necesita mucha valentía, porque ella nos costará caro, nos costará toda nuestra vida. ¿Y cuántos entienden esta experiencia, este gran amor, y el camino estrecho y la puerta angosta de la vida que estamos invitados a seguir para obtenerlo? De verdad, es un tesoro escondido que nos costará todo lo que tenemos para obtenerlo, y seremos entendidos mal al seguirlo, pero es un premio que vale todo esto. Por eso se dice el Cantar: “no despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera” (Ct 8, 4). “Porque fuerte como la muerte es el amor; duros como el seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama, las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos” (Ct 8, 6-7). Este amor lo tiene la Virgen María. Este mismo amor de Dios, lo podemos tener nosotros, si estamos preparados para pagar su precio—su precio es grande, pero el premio es grande también—el premio de la verdadera experiencia del amor de Dios llenando nuestra vida y nuestro corazón. Su precio: el desprendimiento de todos los placeres de este mundo que son fuera de Dios. El que paga medio de este precio recibe medio de este premio. El que da todo, puede recibir todo.

¿Cómo es este amor divino? Lo vemos en María, en su relación amorosa con Dios. “El Rey me ha metido en sus cámaras” (Ct 1, 4), dice ella. “...me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor” (Ct 2, 4). Todo esto es la obra del amado divino cuando él quiera. Nosotros no podemos hacer más que prepararnos para esto por nuestra vida desprendida, y después continuar siguiendo más este camino amoroso del despojo de todo, impulsados por el gozo interior del amor divino—y así creceremos en este amor espléndido y magnífico.

Es como el Rey está con ella en su reclinatorio, encantado con ella; “El Rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor” (Ct 1, 12). María está en sus cámaras, en su casa de banquete, en su reclinatorio con su amado divino. Amor es su bandera sobre ella. Ella dice: “Nuestro lecho es de flores” (Ct 1, 16). Y “yo soy la Rosa de Sarón, y el lirio de los valles” (Ct 2, 1) ¡Qué bella es, embellecida por Dios, por este amor divino que la llena y la ilumina! ¿Quién puede vivir con este amor divino? “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor?” pregunta Isaías. “¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto...ése morará en las alturas: picachos rocosos serán su alcázar, con abasto de pan y provisión de agua. Tus ojos verán al Rey en su hermosura, verán la tierra que está lejos” (Is 33, 14-17). Es decir, el que hace

la voluntad más perfecta de Dios para con él, este vivirá con Dios en amor y alegría en las alturas.

Y la esposa, María, vive en las alturas; para ella la tierra y sus deseos están lejos, como dice Isaías: “verán la tierra que está lejos”. Así ella es como una paloma escondida “en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes” (Ct 2, 14) viviendo así, sólo para Dios, su amado.

Ella vive en el Líbano, “en la cumbre de Amana, en la cumbre del Senir y Hermón”, lejos del mundo, en lugares remotos”, en “las guaridas de los leones”, en “los montes de los leopardos” (Ct 4, 8). O también podemos asustarnos, diciendo “¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?” (Ct 8, 5). Ella vive en las alturas, en las peñas, en los refugios rocosos, en las cumbres de las montañas, y también en el desierto—cerca de Dios; lejos del mundo—con su amado. O también vive en una enramada en las viñas, y dice: “a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado” (Ct 7, 13). ¡Qué bella es ella, nacida de nuevo y renovada así por el amor divino en todo su resplandor! “...se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejército en orden” (Ct 6, 10).

¡El mismo Dios está enamorado de ella; no sólo ella de él! Un Rey está preso en sus trenzas, y dice: “prendiste mi corazón, hermana esposa mía; has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello” (Ct 4, 9). Por eso dice a ella: “aparta tus ojos de delante de mí porque ellos me vencieron” (Ct 6, 5). Y ella está “enferma de amor” (Ct 2, 5). Sus esponsales son magníficos. Ella dice: “yo soy de mi amado y mi amado es mío; el apacienta entre los lirios” (Ct 6, 3). Y él dice: “levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven. Porque he aquí ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido...” (Ct 2, 10-12). El tiempo de amor ha venido, y ella dice: “Su fruto fue dulce a mi paladar” (Ct 2, 3). Estos son los esponsales divinos entre la Virgen María y Dios, y entre nosotros y Dios. Todos somos invitados.

NO SE PONDRÁ JAMÁS TU SOL

La Epifanía del Señor

Is 60, 1-6; Sal 71; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

Hoy es la Epifanía del Señor, la manifestación de Cristo a los Gentiles, representados por los Magos. Pablo dice hoy que el misterio de Cristo es algo “que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado...por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Ef 3, 5-6). Puesto que nosotros somos estos gentiles, hoy celebramos el hecho de que Dios ha revelado este misterio de salvación y luz a nosotros. Hablando sobre nosotros los gentiles, Pablo dice: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef 2, 13).

Hoy los Magos “vinieron del oriente a Jerusalén”, buscando la luz, diciendo: “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle” (Mt 2, 2). Ellos seguían la luz de una estrella que “iba delante de

ellos, hasta que llegando, se detuvo encima de donde estaba el niño” (v. 9). Y nosotros tenemos la luz misma, el sol de la justicia, el sol del universo, para nuestra iluminación continua. Nosotros no tenemos que seguir la luz débil de una estrella, porque nos calentamos siempre en la luz de Dios que nunca se apaga. Isaías profetizó sobre esto, diciendo: “El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados” (Is 60, 19–20). ¡En qué gloria vivimos ahora, la misma gloria que los Magos presentían y buscaban al seguir esta estrella hasta Belén en los días del nacimiento de Jesucristo, el sol del universo!

Cristo es el sol que nunca se pone. Es nuestra luz perpetua en que nos calentamos siempre, regocijándonos en su esplendor que ilumina todo nuestro ser, todo nuestro interior. Con Cristo, no hay noche. San Juan dice sobre la nueva Jerusalén, en que ya empezamos a vivir por la fe, que “sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche” (Apc 21, 25). Así es Cristo para los que creen en él con todo su corazón y se entregan totalmente a él, y sólo a él, dejando todo lo demás de este mundo. Él es el sol que ilumina su vida, que alumbrá todo su ser, que nunca se pone; ni habrá jamás noche. Él mismo nos alumbrá perpetuamente.

Buscando algo tan grande como esto, los Magos dejaron todo para hallar este sol que nunca más se pondrá. Dejaron sus casas, sus familias, su país, y viajaron grandes distancias, sin hacer caso de la burla de sus paisanos. Al fin, encontraron lo que buscaban. Y “al ver la estrella” otra vez, después de haber hablado con Herodes, “se llenaron con inmensa alegría. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (v. 10-11).

Han llegado a la meta de su viaje. Han hallado el sol de la justicia, la luz que ilumina a cada hombre, y se postran en humilde adoración delante de él. Han llegado a la meta de su jornada, y, como dice Isaías, “los días de tu luto serán acabados” (Is 60, 20). Han hallado la luz eterna, o, como Isaías profetizó: “el Señor te será por luz perpetua”. Este “te servirá de luz para el día” y “no se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna” (Is 60, 19-20). Desde ahora en adelante pueden caminar siempre en la luz, porque este es el niño que dirá: “el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Y “Yo la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Jn 12, 46). Este es el fin deseado para con nosotros por Cristo, que andemos en su luz. Entonces no necesitamos más la luz de la estrella, ni habrá noche en nuestra ciudad, y “sus puertas nunca serán cerradas de día” (Apc 21, 25).

Por eso, Jerusalén, “levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti” (Is 60, 1). Así profetizó Isaías nuestros días, días que comenzaron con la visita de los Magos a Belén. Su luz ha venido, una luz que no se pondrá jamás. Y añadió Isaías, profetizando estos días: “Sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento... Entonces verás, y resplandecerás, se maravillará y ensanchará tu corazón, porque se habrá vuelto a ti la multitud del mar, y las riquezas de las naciones habrán venido a ti” (Is 60, 2.5). Cristo es la luz que ha nacido en Judá, en Belén, cerca de Jerusalén. Él es la gloria y esplendor de Dios que se ve sobre ella. Los Magos son los reyes que andan en este esplendor. Por medio de Cristo, en Jerusalén, es decir en Belén,

han llegado grandes riquezas: la luz del hombre, la luz que no se apaga jamás para los que creen en él con entrega completa de sí mismo.

Cuanto más podamos entregarnos a él y dejar todo lo demás, tanto más conoceremos este sol que no se pondrá jamás, tanto más viviremos en la ciudad donde no hay noche, donde el Señor nos alumbrará con una luz perpetua, y donde nunca se cierran las puertas. Pero si tratamos de vivir por Dios y también por los placeres de este mundo, lograremos ver esta luz solamente de vez en cuando, porque todavía no hemos madurado espiritualmente, no hemos empezado el verdadero camino de la perfección que nos permite ver esta luz interior.

Tenemos que imitar a los Magos que dejaron su tierra y escogieron un camino largo y difícil, dejándolo todo para hallar esta luz. Pero si continuamos con nuestro propio camino, siempre haciendo sólo lo que todo el mundo hace, nunca llegaremos.

Pero si vamos con los Magos hacia la luz eterna con todo nuestro corazón, decidiendo vivir desde ahora en adelante sólo por él, entonces él puede alumbrar y dirigirnos hasta el punto de que no se apague más esta luz brillante y espléndida de Cristo en nuestro corazón, hasta que no andemos más en las tinieblas, sino que tendremos la luz de la vida.

La adoración delante de este sol de justicia, acostado en el pesebre, nos traerá esta riqueza y belleza, este resplandor y luz brillante. Nuestra parte es sólo adorar en amor y donación completa de nuestro corazón y vida. Él hará lo demás. Él nos transformará, él nos divinizará, librándonos de la potestad de las tinieblas, y trasladándonos al reino de su amado Hijo, haciéndonos aptos para participar de la herencia de los santos en la luz (Col 1, 12-13).

Por eso ante su pesebre “se postrarán los moradores del desierto... Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes; los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones. Todos los Reyes se postrarán delante de él...y se le dará del oro de Sabá” (Sal 71, 9.10.11.15). “Una multitud de camellos te cubrirá; dromedarios de Madián y de Efa; vendrán todos los de Sabá; y traerán oro e incienso, y publicarán las alabanzas del Señor” (Is 60, 6). “Y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (Mt 2, 11). Adorándole, fueron transformados.

Por la venida de esta gran luz, Jerusalén—es decir, nosotros, si la aceptamos con todo nuestro corazón—será embellecida: “En vez de estar abandonada...haré que seas una gloria eterna... En vez de bronce, traeré oro, y por hierro plata, y por madera bronce...” (Is 60, 15.17).

LOS POBRES DEL SEÑOR

6 Domingo del Año

Jer 17, 5-8; Sal 1; 1 Cor 15, 12.16-20; Lc 6, 17.20-16

Hemos oído hoy una de las grandes enseñanzas de Jesús: Las bienaventuranzas y ayes del evangelio de San Lucas. El punto clave de las bienaventuranzas es la *pobreza*, y los varios puntos que Jesús menciona son tipos diferentes de pobreza, es decir, el hambre, la persecución, y el llorar. “Bienaventurados vosotros los pobres”, dice, “porque vuestro es el reino de Dios” (v. 20), y “¡Ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo” (v. 24). Los “*anawim* de Yahvé”, los “pobres del Señor” son benditos por Dios en el

Antiguo Testamento. El profeta Sofonías dice: “dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa” (Sof 3, 12-13). Y dice también Sofonías: “Buscad al Señor todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre” (Sof 2, 3). Esos pobres del Señor miran sólo a Dios para su alegría; porque han perdido todo lo demás en la tierra, y ahora no tienen nada excepto Dios; y Dios es todo para ellos, y ellos encuentran todo su gozo de la vida sólo en él, y es un gozo muy grande, porque no tiene competición alguna en sus corazones.

La anciana Ana, que vivía siempre en el templo en ayunos y vigili­as, es una de estos *Anawim* de Yahvé, pobres del Señor. Son pobres de hecho, económicamente, pero también humildes, humillados, y mansos; sencillos y austeros en su vida; y siempre obedientes a la voluntad de Dios. Y Dios los llena con gran gozo espiritual. Estas son las personas que Jesús declara bienaventurados hoy: Los humildes y mansos de la tierra, los pobres en los bienes y placeres de este mundo, los que confían sólo en Dios, su único Señor, su único tesoro. Jesús indica este camino como el camino de la perfección, diciendo al joven rico: “Si quieres ser perfecto vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mt 19, 21). Este es el bello camino que el evangelio de hoy pone ante nuestros ojos, y Jesús nos invita a cada uno, como pueda, según su estado de vida, de vivir más este bello ideal de los pobres del Señor.

San Pablo fue uno de estos pobres de Yahvé. Él ha dejado todo por Cristo y considera lo que ha dejado como nada más que “pérdida” y “basura” (Fil 3, 8), para poder ganar a Cristo. Y Jesús dice que ellos que han dejado todo recibirán cien veces más ahora (Mt 19, 29). Los que están preparados para vivir sólo para Dios son los más benditos, como Jesús nos enseña: “De cierto, de cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padre, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna” (Lc 18, 29-30). Dejándolo todo así, ¿qué tienen? ¡Nada! Nada excepto a Dios; y entonces, de veras, Dios puede ser todo para ellos, y llenar su vida completamente, regocijándola con su amor y con el Espíritu Santo inhabitándoles. Estos son los últimos en este mundo que, ante Dios, son los primeros, como enseña Jesús: “Pero muchos primeros serán los últimos, y los últimos primeros” (Mt 19, 30). Ellos son los que, en vez de tratar de salvar sus vidas en este mundo, los pierden por Cristo, y así las hallan de veras. Ellos son humillados, olvidados, escondidos, personas sin importancia en este mundo, pero a los ojos de Dios son preciosas. “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 35).

Hay también pobres del Señor que se privan a sí mismos voluntariamente por amor a Dios porque quieren participar en la alegría de los verdaderos *anawim* de Yahvé, cuya única alegría es en el Señor. Ellos son los que se privan de todos los placeres innecesarios de esta vida para tener la céntupla recompensa ahora en Dios, sabiendo que “El que ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn 12, 25).

Ellos son como el hombre que descubrió un tesoro escondido y se fue y vendió todo lo que tenía para obtener este tesoro, que es Cristo y el Reino de Dios en su alma. Él lo obtuvo sólo al precio de todo lo que tenía, al hacerse voluntariamente pobre en este mundo. Entonces él se halló incomparablemente rico en el Señor.

Cristo y su Reino es la perla preciosa que sólo se obtiene al precio de todo lo demás. Sólo los que se empobrecen obtienen esta perla. Esta es la enseñanza de Jesús. De verdad, bienaventurados los que se empobrecen en este mundo para ser ricos en Dios, los que se privan de toda riqueza en este mundo, de todo placer innecesario de esta vida—ellos son los que se regocijan más en el Señor, los que son más enriquecidos en él. Cuanto más completamente podemos hacer esto, tanto mejor, tanto más ricos espiritualmente seremos.

Este es el principio y la base de la vida monástica auténticamente vivida. Por eso vivimos en clausuras, sacrificando paseos para placer en el mundo, visitas a nuestras casas, comida suntuosa, ropa seglar, y conversaciones inútiles. Es el intento de buscar nuestra alegría, como los *anawim*, sólo en el Señor, y así encontrarlo en abundancia. Cuanto más pobres somos a los ojos del mundo y según los valores y criterios del mundo, tanto más ricos somos espiritualmente, y tanto más gozo de espíritu tenemos. Los que se privan voluntariamente así para asimilarse con los *anawim* de Yahvé lo hacen para hallar su alegría sólo en Dios como ellos. Y así se presentan al Señor con un corazón puro e indiviso, no dividido por las riquezas y placeres de este mundo.

Este es el gran misterio escondido de los ricos, pero revelado a los pobres. Por eso Jesús rezó: “Yo te alabo, oh Padre...porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (Lc 10, 21). Este es nuestro Dios, quien “quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos” (Lc 1, 52-53 Magnificat).

Por eso dice Jesús hoy: “Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo” (v. 24). Ellos tienen su recompensa ahora en cosas temporales. Es como dijo Abraham al hombre rico en Hades: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado” (Lc 16, 25). Si somos saciados ahora con los placeres del cuerpo y los honores de este mundo, ya hemos recibido nuestra recompensa, y vamos a experimentar muy poco los bienes del espíritu, la luz interior de Dios, y el esplendor de Dios que nos diviniza y transforma en el fuego de su amor. ¿No nos ha dicho Jesús: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida” (Lc 21, 34)? Si no miramos bien por nosotros mismos y guardarnos bien, seremos como las semillas que cayeron entre espinos. Ellos son los que “están ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto” (Lc 8, 14). Están ahogados por los placeres de esta vida y no llevan fruto para Dios. Sus corazones y cuerpos están cargados, saciados. Por eso Jesús dice: “De cierto, os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios” (Mt 19, 23-24). Y San Pablo también nos dice: “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras...sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 13-14).

Y sabemos que “carne” para San Pablo tiene el significado de todo lo que es opuesto a Dios. Y otra vez dice: “Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gal 5, 16), “porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis...porque el ocuparse de la carne es muerte; pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz...y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Rom 8, 13.6.8).

¿Cómo podemos crecer más en la virtudes de los *anawim*, los pobres y humildes de Señor, y evitar la superficialidad de los ricos? Podemos hacer nuestra vida una oblación de amor a Dios, ofreciéndonos a él por todo lo que sufrimos en este mundo, por toda privación—sea voluntaria o necesaria—por toda enfermedad o debilidad del cuerpo, por la austeridad en la alimentación, y por la austeridad y simplicidad de toda nuestra manera y estilo de vivir. Podemos ofrecernos, como los pobres del Señor, por nuestro silencio, moderación, y modestia en todo lo que hacemos, evitando conversación inútil y superficial. Debemos vivir, como los *anawim* de Yahvé, en gentileza, sencillez, moderación, y modestia.

En vez de esta superficialidad, debemos, como humildes y mansos, regocijarnos siempre en el Señor: Y “vuestra moderación sea conocida de todos los hombres” (Fil 4, 5).

Seamos entre estos benditos pobres del Señor, buscando nuestro gozo sólo en el Señor, y por eso regocijándonos siempre en él.

CAMINEMOS EN EL RESPLANDOR DE CRISTO

2 Domingo de Pascua

Hch 5, 12-16; Sal 117; Apc 1, 9-11.12.13.17-19; Jn 20, 19-31

Hoy es el día Octavo de Pascua, un día cuando celebramos con gozo espiritual el resplandor de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos y la gloria que resplandece en nuestros corazones. En él, en el poder de su resurrección, tenemos una vida nueva, resucitada y renovada. Hemos oído muchas bellas cosas en la liturgia esta semana pasada. Por ejemplo, hemos oído que “Cristo ha resucitado, y con su claridad ilumina al pueblo rescatado con su sangre, aleluya” (Ant. Laudes Pasc.). Nosotros somos este pueblo, iluminado por el resplandor de Cristo resucitado. Andamos ahora en su luz. Él nos irradia por dentro. Él nos hace hombres nuevos, perdonados de nuestros pecados pasados y de nuestra antigua manera de vivir por su sacrificio en la cruz, y nos ilumina por la claridad de su resurrección, para vivir una vida nueva y resucitada. Nuestra vida nueva es renovada por la presencia del Espíritu Santo, que Cristo, una vez glorificado, ha derramado del Padre sobre nosotros.

Pero nosotros tenemos que cooperar con esta gloria si queremos disfrutar de ella. Tenemos que dejar nuestra manera pasada de vivir. Tenemos que dejar nuestra desobediencia e indulgencia, y vivir, de verdad, en el esplendor de Cristo resucitado; y así su luz radiante penetrará nuestro corazón. Sólo los obedientes perciben este esplendor con todo su brillo y magnificencia y viven en su fulgor. Cristo resucitó resplandeciente del sepulcro para que andemos en la novedad de vida, iluminados por su resurrección. Él quiere que seamos envueltos en la claridad de su resplandor. Que no pongamos ningún obstáculo en su camino. Este esplendor es una realidad espiritual que él quiere que conozcamos y experimentemos.

Este esplendor es también una gran esperanza para el último día, cuando él vendrá con todos sus santos, y habrá en aquel día una gran luz. Este será el día de nuestra resurrección en la gloria. Esta esperanza, que nos consuela ahora, también nos ilumina ahora con su refulgencia, y mata en nosotros los deseos mundanos que extinguen esta

belleza en nuestra alma. Por eso “el Señor ha dado a conocer la gloria y majestad de su reinado. Alleluia” (Ant. Vig. Sáb. Oct.).

Por lo tanto somos invitados a asemejarnos al nuevo Adán en su gloria resucitada, como afirma Pablo: “Y así como hemos llevado la imagen del hombre terrestre, así llevaremos también la imagen del celestial” (1 Cor 15, 49). Esto será en su parusía; pero aun ahora anticipamos esta gloria, conformándonos a la imagen del Hijo por la obra del Espíritu Santo dentro de nosotros. Y esto es porque la vida eterna comienza ahora cuando empezamos a creer en Cristo, como él dijo: “El que oye mi palabra, y cree al que me envió, *tiene* vida eterna; y no vendrá a condenación, mas *ha pasado* de muerte a vida” (Jn 5, 24). Es en la gloria y esplendor de esta vida que debemos vivir ahora, muertos en Cristo a nuestro pasado, crucificados con Cristo al pecado, y resucitados con él a nueva vida, a una vida luminosa e iluminada, a una vida llena del Espíritu Santo, a una vida unida a Cristo, obediente a su voluntad, y vivida en su gran luz y amor. Todo esto es posible porque Cristo resucitado, el hombre del cielo, nos rehace en su propia imagen, en su propio esplendor. Y él nos llama desde las tinieblas de nuestra vida pasada, desde la oscuridad de nuestros pecados, desde nuestra indulgencia mundana, a otro tipo de vida, a una vida celestial, que anticipamos ahora, andando en su luz admirable.

Dios permite que el brillo de Cristo resucitado nos ilumine, irradiando nuestra vida con su resplandor. Y esto puede acontecer dondequiera que estemos por causa de nuestro testimonio de Jesús, por causa de nuestra vida nueva en él. San Juan, por ejemplo, se encontró “desterrado en la isla de Patmos, por haber predicado la palabra de Dios, y por haber dado testimonio de Jesús” (Apc 1, 9). No hay ningún lugar a donde la luz de Cristo resucitado no puede llegar e iluminarnos. Aun si nos encontramos, por nuestro testimonio de Jesús, en una choza, al borde del desierto, barrida por el viento, aun allí llegará la luz de Cristo resucitado, y él nos calentará e iluminará con el resplandor de su gloria, y llenará esta choza con su luz radiante. Y poseyendo esto, ¿qué nos importaría lo demás?

Este es el gran tesoro que pocos hallan. Se consigue al precio de todo lo demás. Y si lo hemos conseguido, ¿qué nos importaría lo demás? Ya tenemos lo que todos buscan, pero pocos hallan. Al decir la verdad, este es el único camino para conocer este esplendor y gloria, es decir, el de comprarlo al precio de todo lo que tenemos, de todo lo demás. No importa a qué extremidad, a qué aprieto, a qué situación apurada podremos ser reducidos a causa de nuestra obediencia al Señor, si somos fieles al él, él será fiel a nosotros, y no careceremos el resplandor de Cristo resucitado brillando en nuestro corazón. “Con el fiel tú eres fiel, con el íntegro tú eres íntegro, con el sincero tú eres sincero, con el astuto tú eres sagaz” (Sal 17, 26-27). Esto es el verdadero tesoro escondido que muchos anhelan, pero pocos hallan. Y si somos reducidos a extremidades por haber seguido a Cristo con una obediencia perfecta, encontraremos su luz radiante con más fulgor aún, como San Juan vio sus visiones más gloriosas en la isla de Patmos donde él fue desterrado por causa de su testimonio de Jesucristo. Vio al Hijo del Hombre, “y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Apc 1, 16). Él que está preparado para sostener una muerte como la de Cristo, experimentará también una resurrección como la de él. Es este misterio de ser envuelto en el resplandor radiante de Cristo resucitado que Jesús envía a sus apóstoles hoy para proclamar hasta los confines de la tierra. Son testigos de su gloria.

Al ser enviados así como testigos de su gloria, debemos hacer morir lo terrenal en nosotros—todo lo que pueda extinguir este esplendor glorioso de Cristo resucitado en

nosotros. “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros”, dice San Pablo (Col 3, 5). Todas estas “pasiones desordenadas” son “cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad...todas estas cosas” (Col 3, 6-8).

Si hemos faltado a llegar a este nivel de perfección hasta ahora, siguiendo el camino de todo el mundo, el camino fácil del conformismo y cobardía en vez de este ideal de obediencia, todavía hay tiempo para convertirnos verdaderamente, y conocer el resplandor de Cristo resucitado. Este podemos experimentar si morimos con Cristo al pecado y resucitamos con él para caminar en una vida nueva, en una vida luminosa, en una vida de amor y esplendor, en una vida de obediencia perfecta. Debemos poder decir con la liturgia hoy, “No sigo el *consejo* de los *impíos*, sino que mi gozo es la ley del Señor” (Ant. Vig.). De verdad, “Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor; dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón” (Sal 118, 1-2). El vivir así es, de veras, vivir de modo diferente y nuevo, es morir con Cristo al pecado y al pasado, y resucitar con él a una vida nueva. “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 6, 11).

Este es el gran tesoro que pocos hallan. Se consigue al precio de todo lo demás. Y si lo hemos conseguido, ¿qué nos importaría lo demás? Ya tenemos lo que todos buscan, pero pocos hallan. Al decir la verdad, este es el único camino para conocer este esplendor y gloria, es decir, el de comprarlo al precio de todo lo que tenemos, de todo lo demás. No importa a qué extremidad, a qué aprieto, a qué situación apurada podremos ser reducidos a causa de nuestra obediencia al Señor, si somos fieles al él, él será fiel a nosotros, y no careceremos el resplandor de Cristo resucitado brillando en nuestro corazón. “Con el fiel tú eres fiel, con el íntegro tú eres íntegro, con el sincero tú eres sincero, con el astuto tú eres sagaz” (Sal 17, 26-27). Esto es el verdadero tesoro escondido que muchos anhelan, pero pocos hallan. Y si somos reducidos a extremidades por haber seguido a Cristo con una obediencia perfecta, encontraremos su luz radiante con más fulgor aún, como San Juan vio sus visiones más gloriosas en la isla de Patmos donde él fue desterrado por causa de su testimonio de Jesucristo. Vio al Hijo del Hombre, “y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Apc 1, 16). Él que está preparado para sostener una muerte como la de Cristo, experimentará también una resurrección como la de él. Es este misterio de ser envuelto en el resplandor radiante de Cristo resucitado que Jesús envía a sus apóstoles hoy para proclamar hasta los confines de la tierra. Son testigos de su gloria.

Al ser enviados así como testigos de su gloria, debemos hacer morir lo terrenal en nosotros—todo lo que pueda extinguir este esplendor glorioso de Cristo resucitado en nosotros. “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros”, dice San Pablo (Col 3, 5). Todas estas “pasiones desordenadas” son “cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad...todas estas cosas” (Col 3, 6-8).

¿Cómo podemos experimentar el resplandor de Cristo resucitado en la alegría de nuestro corazón, si estamos viviendo una vida indulgente, no observando su voluntad perfecta para con nosotros? Una vida indulgente es una vida que rehúsa morir con Cristo al pasado, al pecado, para resucitar con él en su luz radiante. Pero la buena nueva es que si creemos, de verdad, en él y le ofrecemos nuestra voluntad y todo nuestro corazón, entonces los méritos de *su* sacrificio en la cruz nos *lavan* completamente de nuestros

pecados y de la imperfección de nuestro pasado, nos reconcilia con Dios, y nos inserta en la gloria de su resurrección. Una vez perdonados por su muerte, somos iluminados por su resurrección. Es verdad que él “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom 4:25). Por eso “Revestíos de Jesucristo, el Señor, y no os entreguéis a satisfacer las pasiones de esta vida mortal” (Rom 13, 14). Entonces despojaos del hombre viejo con sus malas pasiones y revestíos del hombre nuevo (Ef 4, 22.24).

Hay dos movimientos aquí, y el poder de Cristo hace los dos en nosotros: Son el morir a una vida pecaminosa y el resucitar a una vida perfecta y obediente, a una vida de esplendor. Pero tenemos que cooperar por nuestra fe con todo nuestro corazón y demostrar esta fe en obras, en una vida cambiada y diferente de antes, en una vida verdaderamente muerta al pasado modo de vivir, y resucitada en el resplandor de Cristo, en una vida nueva, alegre, y completamente obediente a lo que Dios quiere para con nosotros. Así veremos el resplandor de Cristo resucitado dentro de nosotros.

CRISTO GLORIFICADO
RENUEVA LA TIERRA Y GERMINA A LOS RESUCITADOS
5 Domingo de Pascua
Hch 14, 21-27; Sal 144; Apc 21, 1-5; Jn 13, 31-33.34-35

Hoy oímos a Jesús diciendo: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará” (Jn 13, 31-32). Jesús dijo estas palabras en la última cena, es decir, en la misma noche en que su pasión comenzará. Dice: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre”. Esta “ahora” se refiere a su misma pasión y resurrección, a su misterio pascual. Esto es importante, porque anteriormente San Juan ha dicho: “aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7, 39). Si la hora de su pasión y resurrección es la hora de su glorificación, entonces es la hora también de la efusión mesiánica del Espíritu Santo, del cual Jesús dijo: “El que crea en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Jn 7, 38). Y el evangelista San Juan añade: “Esto dijo del Espíritu Santo que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7, 39). La conclusión es que ahora, en la hora de su glorificación, que tendrá lugar en su pasión, muerte y resurrección, vendrá la efusión general y mesiánica del Espíritu Santo sobre toda la Iglesia.

La hora de la glorificación de Jesucristo es, por eso, la hora de nuestra glorificación también, una glorificación que empieza ahora, y se cumplirá en la plenitud de su Reino cuando él vendrá en su gloria con todos sus santos. Con su muerte y resurrección él volverá a donde él fue en esplendor con el Padre antes de la creación del mundo, sino que ahora él volverá con su humanidad, que no tenía antes, con su humanidad glorificada, para sentarse a la derecha de su Padre en gloria. En la última cena Jesús rezó para que esto fuese cumplido: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn 17, 5). ¡Qué gloria

debe ser esta! Es la gloria en que el Padre ingénito engendra a su Hijo unigénito desde toda la eternidad, desde la noche de la eternidad, en esplendor inefable e inconcebible. Esta es la noche de la eternidad en que nació el Hijo eterno: “entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, como roció, antes de la aurora” (Sal 109, 3). No había tiempo antes de este nacimiento, porque es eterno, porque es una generación eterna que siempre fue, que siempre es, en la “ahora eterna”, en que Dios vive. Es un acto eterno de Dios, fuera del tiempo, que siempre fue. Él siempre fue nacido, y siempre fue Hijo. Él fue nacido, pero siempre existía. Él siempre ha vivido en gloria y esplendor con el Padre en un amor que excede nuestra capacidad de entender. Es un reventón de luz primordial, que siempre existía. Es en esta gloria que Jesús va a entrar de nuevo ahora con su humanidad en esta hora de su gloria, la hora de su pasión y resurrección. Por eso Jesús dice: “Ahora es *glorificado* el Hijo del Hombre” y “Dios...le glorificará en sí mismo”.

Y ¿cuáles son los frutos de esta glorificación magnífica y esplendorosa de Jesucristo? En pocas palabras, es la renovación de todo. “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Apc 21, 5). Es la renovación del género humano, porque “si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Cor 5, 17). Y esto es porque en su muerte, nuestros pecados son expiados, nuestro pasado, obliterado; y nosotros, iluminados en su resurrección. Su resurrección nos irradia con su luz inefable. El fruto de su resurrección es el comienzo de “un cielo nuevo y una tierra nueva”, porque ahora con Cristo resucitado y glorificado entre los hombres: “He aquí el tabernáculo de Dios [está] con los hombres, y él morará con ellos...y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apc 21, 1.3). Sobre toda esta renovación del hombre por la salvación que es en Cristo, habían predicado Pablo y Bernabé a los gentiles; y cuando regresaron a Antioquía, “refirieron cuán grandes cosas habían hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hch 14, 27).

Jesús, una vez glorificado y salido físicamente de este mundo, puede derramar sobre nosotros toda esta riqueza, que es el don del Espíritu Santo y de su propia presencia interior, porque siendo ahora resucitado y glorificado Cristo puede penetrar cada corazón e iluminarnos por dentro con su luz radiante. Él mismo nos dijo: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn 16, 7). Además, la donación del Espíritu Santo nos llenará también con el amor de Dios, y ¿qué don más grande hay que este? San Pablo nos ha dicho: “el *amor* de Dios ha sido derramado en nuestros corazones *por* el *Espíritu Santo* que nos fue dado” (Rom 5, 5). Es este amor de Dios en cuyo resplandor nos calentamos ahora en la alegría de nuestro corazón. Es el don de Cristo resucitado y glorificado. Su glorificación nos otorgó este don divino, este esplendor glorioso que nos renueva interiormente, formándonos de nuevo en la imagen del Hijo. Este don renueva la faz de la tierra y sus habitantes. Máximo de Turín dice en vigiliass hoy: “la tierra renovada germina a los resucitados”.

Aunque nuestra resurrección definitiva y corporal en cuerpos de gloria semejantes al suyo acontecerá en el último día, en la parusía gloriosa del Señor, sin embargo, nuestro estado resucitado comienza ahora espiritualmente, porque *hemos* resucitado espiritualmente con Cristo, como dice Pablo: “Sepultados con él en el bautismo, en el cual *fuisteis* también *resucitados* con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos” (Col 2, 12). “*Fuisteis resucitados* con él”, dice Pablo, en el tiempo pasado—nuestra resurrección espiritual es, por eso, una realidad presente y actual. En

Cristo resucitado, somos resucitados espiritualmente para vivir una vida nueva en él. Esta vida nueva es un nuevo tipo de vida, una vida divinizada, en que buscamos las cosas de arriba, y no más las de abajo. Es una vida nueva en que buscamos nuestra felicidad en las cosas de arriba, y no en las cosas de la tierra. Y cuanto más completa y radicalmente podamos hacer esto, tanto más esplendor interior experimentaremos en él.

Esta es la razón por la cual los monjes tradicionalmente dejaron todo lo posible de este mundo, y se fueron para vivir austeramente en el desierto. Ellos quisieron vivir completamente en Dios, dejando todo lo de abajo—cuanto pudieron—para encontrar el máximo del esplendor interior en Cristo resucitado y glorificado inhabitando gloriosamente dentro de ellos. Cuanto más esplendor queremos ver en él, tanto menos debemos ver aquí abajo en los placeres de este mundo. Esta es la razón por todas sus mortificaciones. ¡Qué importante, entonces, es la vida mortificada por los que quieren vivir en el esplendor de Cristo!

Máximo de Turín dice: “La pasión del Salvador, con una sola e idéntica operación, nos levanta desde lo más profundo, nos eleva de la tierra y nos coloca en o alto... La luz de Cristo es un día sin noche, un día que no tiene fin... El día celeste no cesa nunca de dar su luz y resplandor, ni hay oscuridad alguna capaz de ponerle fin; así también la luz de Cristo brilla, irradia, centellea siempre...” ¡Qué belleza es este don de Dios! Es el cumplimiento de la profecía de Isaías: “Y mamarás la leche de las naciones, el pecho de los reyes mamarás... [y] El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna, porque el Señor te será por luz perpetua” (Is 60, 16.19-20).

Pablo dijo todo en pocas palabras: “Cristo murió por nuestros pecados” (1 Cor 15, 3). En él somos libres, librados. Y él nos sentó en los lugares celestiales, después de habernos resucitado con él para vivir una nueva vida (Ef 2, 6; Rom 6, 4). El “nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo” (Col 1, 13). Él nos puso en esta luz admirable y nos dio esta esperanza de la gloria. Cuanto más nos ilumina esta luz de Cristo resucitado, tanto más queremos separarnos de las cosas de abajo para no perder esta luz admirable y para crecer en ella y calentarnos más aún en su resplandor. Y resplandeciendo más, queremos separarnos más aún, lo cual resulta en aún más iluminación y el deseo otra vez de separarnos aún más etc., hasta el punto de que estamos viviendo una vida monástica en el desierto, bañados de luz.

Y todo esto viene a nosotros en la muerte y resurrección del Hijo divino, “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Rom 5, 10). Es una renovación de todo nuestro ser, y después de renovarlo del pecado, él lo hace brillar, irradiar y centellear con su divinidad inhabitando en nosotros. Esto sucede sobre todo en la eucaristía, cuando la hostia, transformada en la humanidad de Cristo, que contiene su divinidad, entra dentro de nuestra humanidad y la ilumina y transfigura por dentro con su luz radiante. Esta es la nueva vida que Cristo murió y resucitó para darnos para nuestra transformación en la gloria y para la iluminación de todo nuestro ser.

AMOR, OBEDIENCIA, Y GOZO

Jueves, 5 Semana de Pascua

Hch 15, 7-21; Sal 95; Jn 15, 9-11

Jesús nos enseña hoy que, como el Padre le ama a él, así también Cristo nos ama a nosotros con este mismo amor divino y esplendoroso con que él es amado por su Padre, y que él quiere que permanezcamos en este mismo amor divino. Dice: “como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Él quiere que vivamos en este amor como el sarmiento vive de la vida de la vid, y Cristo es la vid. No es sólo el amor de Jesús en el cual debemos vivir constantemente, sino que es en el mismo amor del Padre que debemos vivir, el amor con que el Padre ama eternamente al Hijo desde el día de su nacimiento “en esplendores sagrados...antes de la aurora” (Sal 109, 3). Es el amor en el cual el Hijo vivía en la gloria de su Padre “antes que el mundo fuese” (Jn 17, 5). Es este mismo amor en que el Padre engendró eternamente al Hijo y con que le amó desde toda la eternidad en resplandor inefable. Es este mismo amor con que el Hijo nos ama a nosotros ahora, como él mismo afirma, diciendo que él quiere que “el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos” (Jn 17, 26).

Si el Hijo está en nosotros, amando y adorando al Padre, y amado espléndidamente por el Padre, entonces este mismo amor divino pasa por medio de nosotros y está en nosotros, el Padre amando al Hijo, quien está en nosotros; y el Hijo amando al Padre desde dentro de nosotros. Así el Padre nos ama a nosotros como él ama a su Hijo.

El Hijo resplandece sobre nosotros la gloria divina en que él mismo vive eternamente con su Padre, la misma gloria que el Padre resplandece sobre el Hijo desde siempre “en esplendores sagrados”. Dice Jesús: “La gloria que me diste, yo les he dado...para que el mundo conozca...que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn 17, 23). Y dice también hoy: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor” (Jn 15, 9). Este es nuestro fin, la unión en amor con Dios. Es un amor, entonces, que Cristo resplandece en nosotros, que puede ser extendido desde nosotros hacia nuestro prójimo, para encender su corazón también con este mismo amor. Podemos reflejar al prójimo este amor divino, que llena nuestro corazón, por medio de nuestros gestos, palabras, y el testimonio de nuestra vida.

El camino para *permanecer* en este amor espléndido es el camino de la obediencia perfecta a la voluntad de Dios, como afirma Jesús hoy: “si *guardareis* mis mandamientos, *permaneceréis* en mi amor; así como yo he *guardado* los mandamientos de mi Padre, y *permanezco* en su amor” (15, 10). Si vivimos sólo para él en todo, crucificados al mundo, y el mundo y sus placeres crucificados a nosotros, *obedeceremos* su voluntad; seremos así, en el curso del tiempo, librados de nuestras pasiones, y tendremos nuestro gozo cumplido en él y en su amor, permaneciendo en su luz, como Jesús afirma hoy: “Estas cosas he hablado, para que mi gozo *esté* en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn 15, 11). Su gozo viene del amor del Padre y de la gloria del Padre en que él siempre vive en obediencia perfecta a su Padre. Al obedecerle perfectamente, nosotros viviremos en la gloria y amor de Cristo, que es el amor del Padre; y el gozo de Cristo estará en nosotros. Esto es lo que él quiere para con nosotros.

EL PERMANECER EN SU AMOR POR LA OBEDIENCIA

San Matías, 14 de Mayo

Hch 1, 15-17.20-26; Sal 112; Jn 15, 9-17

Hoy, en esta fiesta de San Matías, tenemos el mismo evangelio que ayer, excepto que hoy es un poco más largo. Por eso, es una buena oportunidad de continuar profundizando el mensaje evangélico de ayer.

Jesús quiere introducirnos en el mismo río resplandeciente del amor divino en que él mismo vive en la gloria desde toda la eternidad con su Padre, iluminado y glorificado siempre por él. Él vino a la tierra, como rezó, “para que el amor con que me has amado, esté en ellos” (Jn 17, 26). Y él quiere que conozcamos, como él rezó, “que los has amado a *ellos* como también a *mí* me has amado” (Jn 17, 23). Y dijo también: “como el Padre *me* ha amado, así también *yo os* he amado” (Jn 15, 9). Este es el gran don que él nos trajo, y en que él quiere que vivamos *siempre*. Dijo: “*Permaneced* en mi amor” (15, 9). Él quiere que *permanezcamos siempre* en este amor; y es posible *permanecer* en él si siempre *obedecemos* perfectamente su voluntad, como él afirma hoy: “si *guardareis* mis mandamientos, *permaneceréis* en mi amor, así como yo he *guardado* los mandamientos del Padre, y *permanezco* en su amor” (15, 10). ¿Por qué puede Jesús siempre permanecer en este gran río del amor de su Padre? Es porque él es siempre *obediente* a su Padre, como dice: “yo he *guardado* los mandamientos del Padre, y *permanezco* en su amor” (15, 10). Él quiere que nosotros hagamos lo mismo, para que *permanezcamos* en su luz. ¿No nos dijo?: “el que me *sigue* no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). El *seguirle* es *obedecerle*. Si le *obedecemos*, no andaremos en tinieblas, sino que tendremos la luz de la vida. Y también él nos dijo: “he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no *permanezca* en tinieblas” (Jn 12, 46).

La *obediencia* perfecta a su voluntad es el *camino* para llegar a este punto, de *permanecer* en su amor, de permanecer en su luz. Y todo esto acaecerá una vez que somos librados de las pasiones al vivir una vida ascética y ya no más para nosotros mismos, “sino para aquel que murió y resucitó” por nosotros (2 Cor 5:15). Este amor y esta luz, en que Jesús quiere que *permanezcamos*, es un tesoro escondido, que sólo se obtiene al precio de todo lo demás. Es decir, tenemos que dejar todo para él si queremos *permanecer* en su amor. Esta es la voluntad más perfecta de Dios para con nosotros. Cuanto más radical y literalmente podemos hacer esto y vivir así, tanto más constantemente *permaneceremos* en su amor, en su luz. Así nos enseña Jesús: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). Siendo su discípulo, *permaneceremos* en su amor y en su luz.

¡Qué importante es seguir esta enseñanza para permanecer en su luz y en su amor! Si queremos permanecer en su amor, tenemos que amarle y el amarle es guardar sus mandamientos y hacer perfectamente su voluntad, como afirma San Juan: “Pues éste es el amor de Dios, que *guardemos* sus mandamientos” (1 Jn 5, 3). Vemos aquí la identificación del amar con el obedecer: El obedecer *es* amar. Y si nuestra obediencia y nuestro amor son perfectos, *permaneceremos* en su luz y en su amor, lo cual es su voluntad para con nosotros; y esto sucederá una vez que somos librados de nuestras pasiones al vivir una vida ascética y servir sólo a él como a nuestro único Señor, como él quiere.

San Juan también dice: “el que *guarda* su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Jn 2, 5). Es decir, él que *obedece* perfectamente su voluntad, viviendo ya no para sí mismo ni para los placeres del mundo, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros—en él “verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado” (1 Jn 2, 5). Y recordemos el ejemplo de Jesús que *permaneció* siempre con el Padre y en su amor porque fue *siempre obediente* a la voluntad de su Padre, como él dijo: “el que me envió, *conmigo* está; no me ha dejado solo el Padre, *porque* yo hago *siempre* lo que le *agrada*” (Jn 8:29). El obedecer es amar, como afirma Jesús: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Jn 14, 21).

Y finalmente tenemos la gran enseñanza de Jesús sobre su *inhabitación* especial en los que le *obedecen*. Él dijo: “El que me ama, mi palabra *guardará* y mi Padre le amaré y vendremos a él, y haremos *morada* con él” (Jn 14, 23). Esta es una *inhabitación* especial en los corazones de los que le *obedecen* perfectamente como su único Señor y único tesoro. *Permanecen* en la luz de su amor por su *obediencia*.

LA PERSECUCIÓN DE LOS JUSTOS

Sábado, 5 Semana de Pascua

Hch 16, 1-10; Sal 99; Jn 15, 18-21

Si obedecemos a Dios y hacemos su voluntad, como oímos ayer, *permaneceremos* en su amor, una vez que somos librados de nuestras pasiones al vivir ascéticamente, ya no más para nosotros mismos, sino para el que murió y resucitó por nosotros, como nuestro único Señor y único tesoro. Pero viviendo así una vida nueva en Cristo, en el poder de su resurrección, seremos perseguidos por el mundo. Esto oímos hoy: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn 15, 18-19). El mundo nos aborrecerá porque no entiende esta vida obediente a la voluntad de Dios y vivida completamente para Dios en todo. Y porque el mundo no entiende esta vida obediente, y porque él no quiere vivir así ni entiende qué es el permanecer en el amor de Dios, ni entiende qué es el ser librado de las pasiones al vivir así obedientes a la voluntad de Dios y para Dios en todo—por estas razones, el mundo persigue al hombre obediente. Así nuestra vida viene a ser semejante a la de Cristo, siguiendo su patrón, como afirma Jesús hoy: “sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Jn 15, 18). Ni Cristo, ni sus seguidores son de este mundo, como dijo Jesús: “No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Jn 17, 16).

Por eso, el cristiano tiene que esperar ser perseguido en esta vida. Jesús nos preparó de antemano para esto, diciendo: “Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevera hasta el fin, éste será salvo” (Mt 10, 22). Y “El discípulo no es más que su maestro...si al Padre de Familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” (Mt 10, 25). Pablo también experimentó esto muchas veces, y dijo: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim 3, 12). Y San Juan dice lo mismo: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Jn 3, 13).

Pero cuando la persecución viene, tenemos que sobrellevarla en fe y en amor, uniéndonos con Cristo en su pasión, y siempre hallando nuestro gozo en el Señor. Jesús nos enseñó a regocijarnos cuando el mundo nos persigue. Dijo: “*Bienaventurados* seréis cuando los hombres os aborrecen... *Gozaos* en aquel día, y *alegraos*...” (Lc 6, 22-23). Debemos alegrarnos al ser así conformados a la imagen de Cristo y al ser así más íntimamente unidos a él en el amor. Así podemos ofrecernos con él como un sacrificio de amor al Padre.

IMITEMOS LA HUMILDAD DE DIOS

Domingo de la Santísima Trinidad

Prov 8, 22-31; Sal 8; Rom 5, 1-5; Juan 16, 12-15

Hoy celebramos el misterio más alto de nuestra fe, el de la Santísima Trinidad. Es el misterio de que en un solo Dios hay tres distintas Personas. Cada Persona es divina e igual en divinidad. Las tres constituyen un solo ser que es el único Dios. Toda la divinidad está en cada una de estas tres Personas. Cada una es Dios Todopoderoso. Y cada una de ellas está en cada una de las otras. Todo el Padre está en el Hijo, y todo el Hijo está en el Padre; y el Padre y el Hijo están en el Espíritu Santo; y el Hijo y el Espíritu Santo están totalmente en el Padre etc. Cada una está completamente en cada una de ellas. ¡Así Dios es uno, en tres Personas!

El Padre es la fuente y el origen de la Trinidad. Él es ingénito y tiene a un Hijo que es unigénito, no creado, no una criatura, sino el Hijo mismo de Dios, y por eso Dios como su Padre; y no es un ser separado o distinto de su Padre, sino un solo ser con él; y está en el Padre, y el Padre en él. Como dice Jesús: “El Padre está en mí, y yo en el Padre” (Jn 10, 38). El Padre engendra al Hijo, y el Hijo está engendrado por el Padre y nacido del Padre, pero nunca había un tiempo antes del nacimiento del Hijo, cuando el Hijo todavía no existía y no fue engendrado. Nació, pero también siempre existía. Fue engendrado, pero siempre fue. No había tiempo cuando no fue engendrado. Su generación y nacimiento son eternos. El Padre siempre engendra al Hijo en la “ahora eterna” de Dios, como el Espíritu Santo siempre procede y siempre está procediendo del Padre y del Hijo, porque él es el Espíritu divino de los dos, el Espíritu del amor, el Espíritu del amor entre el Padre y el Hijo. Y no había tiempo cuando él no existía. Él estaba siempre, y eternamente procediendo del Padre y del Hijo.

Pero en toda esta majestad de unidad e igualdad hay diferencias entre estas tres Personas en su relación la una a la otra. El Padre, siendo el origen de la Trinidad es el origen del Hijo y del Espíritu Santo; por eso el Hijo es relacionalmente—pero no esencialmente—subordinado al Padre en su relación con él, es decir, en su manera de relacionarse con él como Hijo unigénito al Padre ingénito, como el que fue engendrado al que lo engendró. Jesús dijo: “Si me amarais, os habrías regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo (Jn 14, 28). El Padre es mayor que él no sólo porque Jesús es hombre, sino también como el Hijo eterno, pero no en su esencia, naturaleza, y sustancia como Dios, no en su divinidad, en que es completamente igual al Padre, y es Dios, y no una criatura—sino en su *relación* como *Persona* al Padre, el Padre es mayor que él. En su relación como *Persona* al Padre, el Hijo es siempre perfectamente *sumiso* y obediente, el adorador perfecto del Padre; siempre *intercediendo* ante el Padre,

siempre ofreciéndose en amor al Padre, la *propiciación* perfecta ante el Padre, el *culto* perfecto ante Padre en Espíritu y verdad. Él siempre se da al Padre en humildad y mansedumbre, como una oblación de amor, un sacrificio y donación de amor al Padre, que siempre agrada perfectamente al Padre, y así ellos dos viven eternamente unidos en amor perfecto, que es el Espíritu Santo.

Y cuando el Padre envió al Hijo a encarnarse y venir a ser hombre, él continuaba así como Hijo viviendo en la tierra con el mismo tipo de relación con su Padre que tenía antes de su encarnación, es decir una relación de sumisión filial y obediencia perfecta. Pero ahora la gran diferencia es que, siendo hombre, puede sufrir y morir, y él usó este nuevo poder en el servicio de su oblación de sí mismo a su Padre en amor, sufriendo y muriendo en la cruz como un sacrificio de donación de sí mismo en amor a su Padre, como dice Pablo: “se *entregó* a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef 5, 2).

Muriendo así, él cambió todo por el hombre, porque fue la primera vez que un hombre ha ofrecido a Dios un sacrificio adecuado a favor de todos los hombres en satisfacción por sus pecados. Desde este sacrificio del Hijo en la cruz, el Padre cambió su manera de relacionarse con los hombres, abriéndoles inmediatamente las puertas del reino del cielo, que fueron cerradas hasta este momento desde el pecado de Adán, y derramando en el día de Pascua y de Pentecostés sobre ellos una efusión general y mesiánica del Espíritu Santo que resucitó a Jesús de entre los muertos y dio una vida nueva y una resurrección espiritual a los hombres que creen en él. El Breviario hoy expresa este misterio de manera muy bella, diciendo: “Glorifiquemos a Dios Padre que, por el Espíritu Santo vivificó el cuerpo de su Hijo para que su carne resucitada fuera fuente de vida para los hombres” (preces 1 Visp.).

Después de su exaltación a la diestra de su Padre en gloria, Jesús continúa haciendo lo que siempre hacía antes de su encarnación: amando, dándose en *ofrenda* y donación de sí mismo al Padre en amor, agradando y *propiciándole* perfectamente; pero ahora él hace esto a favor de *nosotros*. Es nuestro abogado ante el Padre, como dice Pablo a los Romanos: es “el que además está a la diestra de Dios, el que también *intercede* por nosotros” (Rom 8, 34). Él es nuestro *intercesor* ante el Padre por medio de su propiciación, su sumisión, su obediencia, su adoración, su oblación, y donación de sí mismo en amor en su muerte en sacrificio en la cruz.

Su sacrificio en la cruz es ahora eternamente presente, válido, y efectivo, obteniendo siempre la salvación, el perdón de los pecados, y la nueva vida en Dios por todos los que creen en él. Su muerte en la cruz fue su acto supremo que agradó al Padre, como Jesús dijo: “Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida, para volverla a tomar” (Jn 10, 17). De verdad, como dijo Jesús mismo: “Nadie tiene mayor amor que éste, que uno dé su vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Por haber hecho esto, él es ahora siempre nuestro *intercesor* ante el Padre para nuestra salvación, como dice Hebreos: él “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo *siempre* para *interceder* por ellos” (Heb 7, 25). Y dice también Hebreos: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora *por* nosotros ante Dios” (Heb 9, 24). Él también es siempre sumiso y perfectamente obediente al Padre, como Jesús dice: “el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Jn 8, 29). Y dijo

también: “he descendido del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad del que me envió” (Jn 6, 38).

En su obediencia, siempre haciendo lo que agrada al Padre, y en su sumisión y sacrificio de sí mismo al Padre, Jesús es nuestro modelo. Si, como él, hacemos siempre la perfecta voluntad de Dios, el Padre y el Hijo siempre estarán con nosotros, como dijo Jesús: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 23). Debemos imitar su humildad, sumisión, y mansedumbre, como él dijo: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11, 29). Él bendice a los mansos que son como él: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mt 5, 5). ¡Que felices seríamos si viviéramos así: mansos, sumisos, humildes, y obedientes!

¿QUIÉN DECÍS QUE YO SOY?

12 Domingo del Año

Zac 12, 10-11; 13, 1; Sal 62; Gal 3, 26-29; Lc 9, 18-24

Hoy Jesús nos pregunta algo importante. Dice: “¿Y vosotros, quién decís que soy?” Siempre estamos tratando de responder a esta pregunta en siempre nuevos modos, siempre profundizando el significado de Jesucristo en nuestras vidas. Hoy Pedro responde: “El Cristo de Dios”, es decir, el Mesías, el ungido de Dios, que vino al mundo para salvarnos, para darnos nueva vida. Y nosotros también podemos añadir nuestra propia respuesta a esta pregunta: “¿Quién decís que soy?” Cristo para nosotros es el que nos salva del pecado y nos da nueva vida, el que nos ilumina en su resurrección. Es el que destruye nuestra muerte por su muerte, y nos da vida eterna. En su muerte nuestra vida pasada es destruida. Si *seguimos* al Espíritu, aun en situaciones peligrosas no tropezaremos porque andamos de día y vemos la luz. Él es la luz. Él es el día. Si le *seguimos*, caminaremos siempre en el día, aun en gran peligro en este mundo, porque andamos de día y no de noche.

Hemos muerto y resucitado con Cristo, y siempre estamos muriendo más al hombre viejo, al mundo viejo. Somos nuevas criaturas en Cristo, una nueva creación, hombres nuevos, el germen una nueva tierra y de nuevos cielos. En él, somos hijos de Dios, hijos de la resurrección, hijos del día, e hijos de la luz. San Pablo nos dice hoy que somos hijos de Dios por la fe en Jesucristo, y más aún nos dice que “los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gal 3, 27), por eso, “vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 14). Sabemos que por “carne” Pablo indica todo lo que es opuesto a la inspiración del Espíritu Santo en nuestra vida, todo lo que se opone a la voluntad de Dios, todo lo que es pecado o imperfección, todo lo que viene de los deseos y pasiones desordenados. En vez de satisfacer los deseos de la carne, debemos revestirnos de Jesucristo, del nuevo hombre, despojarnos de la carne y del hombre viejo, y vivir en el Espíritu. Debemos, como Pablo, llevar “en el cuerpo siempre por todas partes la muerte, de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Cor 4, 10). Debemos vivir el misterio de la cruz, y saborear su dulzura en la iluminación de la resurrección.

Con el poder de Cristo, tenemos que combatir el poder del pecado y de la tentación para crecer en la santidad, para que la vida nueva que tenemos en la

resurrección de Jesucristo crezca cada vez en nosotros. Así, habiendo sido hechos hijos de Dios por la fe y dados una participación en la naturaleza divina, esto puede madurar en nosotros hasta que nos calentemos en su esplendor y vivamos en su luz.

Pero esta experiencia contemplativa requiere que vivamos una vida crucificada, como Pablo, a este mundo. Nuestra gloria debe ser la cruz de Cristo en todas sus formas. Así, muertos al mundo y vivos para Dios, caminaremos en una vida nueva. Esta es nuestra gloria, la cruz de Jesucristo. La vida crucificada es la vida resucitada. Si queremos una vida resucitada, con Cristo resplandeciendo en nuestro corazón, llenándonos con el amor divino, el camino para obtener esto es la cruz, la vida crucificada a este mundo, la vida sacrificada en amor a él. Digamos con Pablo: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo mundo” (Gal 6, 14). Por eso, puesto que “la noche está avanzada, y se acerca el día, desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día...” (Rom 13, 12-13).

Jesús dice hoy que es necesario “que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día”. Y él nos enseña que este es el patrón para nosotros también si queremos ser sus seguidores. Dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”. Nuestra cruz son las enfermedades que él nos envía, las persecuciones de otras personas por seguir su voluntad, y la renuncia a este mundo y sus placeres para vivir sólo por él. El ser crucificado al mundo con Jesucristo, como Pablo, es nuestra cruz también, una cruz que nos lleva a su luz radiante en una vida purificada y preparada.

La cruz nos da acceso a la experiencia contemplativa de su gloria dentro de nuestro espíritu. La cruz, vivida cada día, nos purifica para poder ver esta luz admirable, este día sin ocaso, sin noche, que profetiza Isaías: “No pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz perpetua” (Is 60, 20). Esto es porque el Señor será nuestra luz en aquel día. Y entrevemos aun ahora un anticipo de este día sin ocaso en la alegría de nuestro corazón al vivir una vida verdaderamente crucificada al mundo, y el mundo a nosotros, que es una vida resucitada en la luz de Jesucristo. Así, pues, vislumbramos el cumplimiento de la profecía de Isaías: “El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el *Señor* te será por luz perpetua, y el *Dios* tuyo por tu gloria” (Is 60, 19).

Podemos vivir ahora en esta gloria si vivimos verdaderamente crucificados a este mundo, si vivimos sólo por Jesucristo. Así podemos saborear ya de antemano el esplendor interior de la nueva Jerusalén, como lo han experimentado los santos que fueron crucificados a este mundo y que vivían completamente escondidos y sumergidos en Dios y en Jesucristo. En la nueva Jerusalén, que vislumbramos ahora—tanto más, cuanto más preparados y crucificados y resucitados somos—“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera” y “sus puertas nunca serán cerradas...pues allí no habrá noche” (Apc 21, 23.25).

El Cordero es nuestra lumbrera; su resplandor nos ilumina; y nuestra luz es la gloria del Señor. Los santos, que fueron los más crucificados y los más resucitados, fueron los que experimentaban esto más que nadie. Ellos conocen que este es el camino iluminado, y ellos son los que, crucificados a este mundo, se calientan en el resplandor

del Señor. Si queremos estar en su compañía, Jesús nos muestra hoy el camino—la cruz, la vida crucificada, el llevar la cruz con alegría de corazón y júbilo de espíritu. Él mismo es el camino, es decir, el patrón de su vida, crucificada a esta vida y resucitada para Dios. Al vivir así, seremos iluminados “para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pd 2, 9), “Porque en *otro* tiempo erais tinieblas, mas *ahora* sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Ef 5, 8).

Así, perdiendo nuestra vida en este mundo, en la opinión de la sabiduría del mundo, la hallamos con Cristo, porque no seguimos la sabiduría del mundo, que es necedad para con Dios, sino lo insensato de Dios, que es más sabio que los hombres. Así Jesús nos enseña hoy: “todo el que quiera *salvar* su vida, la perderá; y todo el que *pierda* su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lc 9, 24).

¿Cómo podemos perder nuestra vida por causa de Cristo para salvarla? Podemos perderla al ser crucificados a este mundo, muertos en la muerte de Cristo a nuestra vida pasada, y resucitados en su resurrección para vivir una vida resucitada e iluminada, pero no de una iluminación de este mundo. Así vivimos la muerte de Cristo para vivir su vida nueva e iluminada. Así, muertos y resucitados con Cristo en nuestro modo de vivir, seremos, en el curso del tiempo, purificados para poder experimentar la luz interior que conocieron los santos.

Así tenemos una respuesta a la pregunta de Jesús “¿Quién decís que soy?” Él es nuestra iluminación, nuestra justificación, y salvación. Nos da el don del Espíritu Santo, la caridad, y las otras virtudes. Nos santifica, diviniza, y renueva para poder saborear su gloria. San Gregorio de Nisa escribe: “el hombre que purifica su corazón de toda criatura y de todo impulso apasionado verá la imagen de la naturaleza divina en su propia belleza” (*Sobre Bienaventuranzas*, Ser. 6). Y “cuando tu mente está impoluta de todo mal, libre de pasión y purificada de toda mancha, entonces serás bendecido porque tu ojo está claro. Entonces, porque has sido purificado, percibirás cosas invisibles a los no purificados. La nube oscura de la materia será removida del ojo de tu alma, y verás claramente esta visión bendita dentro del resplandor de tu propio corazón” (Ibid., Sermón 6).

LA VOZ CLAMANDO EN EL DESIERTO

La Natividad de San Juan Bautista, 24 de Junio
Is 49, 1-6; Sal 138; Hch 13, 22-26; Lc 1, 57-66.80

Hoy celebramos la natividad de Juan el Bautista, precursor del Mesías y prototipo de la vida solitaria y monástica. “Y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1, 80). Juan el Bautista vivió en despojo completo de sí mismo, cambiando los placeres terrenos por los celestiales, y los temporales por los eternos. El ángel dijo: “No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” (Lc 1, 15). Y “vino la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto” (Lc 3, 2). Él fue una “voz que clama en el desierto” (Lc 3, 4). Fue un asceta, despojado y desprendido de todo lo de este mundo por amor a Dios. Se hizo vacío para Dios, y sólo para Dios, desasido de todo placer terreno, vivió para la invasión divina en una ruptura física y heroica con el mundo, y unió la renuncia total del mundo con una entrega total a Dios. Fue la encarnación y prototipo del ideal ascético. Vivió en

austeridad completa. “Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6). Antes de predicar a otros, preparó primero su propio corazón por medio de una vida de austeridad y soledad, lejos de las distracciones del mundo, despojado radicalmente de todo lo que el mundo pudiera ofrecerle. Él vivía sólo por el amor divino, en el cual fue inundado, renunciando al placer terreno, alegrándose en Dios. Al vivir así, Dios fue su gran consuelo. Cuanto más renunció por Dios, tanto más Dios lo llenó con su luz y resplandor, y así, poco a poco, su corazón fue purificado de todo lo terrenal, y preparado para el Señor. En este tipo de vida ascética y solitaria, Dios pudo relevarse con poder; y así purificado de las pasiones y deseos humanos, fue iluminado por el Sol Divino para poder predicar a otros. Él predicó con su voz en el desierto; pero el predicó primeramente con su vida, con su austera y santa manera de vivir. La forma de su vida fue un gran y poderoso sermón. Fue su mejor sermón.

Juan fue una voz que predicaba en el desierto: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Todo valle se rellenará, y se bajará todo monte y collado; los caminos torcidos serán enderezados, y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios” (Lc 3, 4-6). Dios transformará la tierra, rellenando los valles y bajando los montes, enderezando lo torcido y allanado lo áspero; y los que viven en el desierto lo experimentarán más que todos, porque son los más desapegados, purificados, y preparados.

Para dar testimonio de la luz, él mismo tenía que verla primero, resplandeciendo en su corazón. Por eso vivía en “lugares desiertos” y despoblados, alejados del mundo, renunciando al mundo y sus bienes para entregarse a Dios sin reserva, sin distracción, tentación, o división de corazón, lejos de las alegrías de este mundo, para vivir sólo para el fuego del amor divino que quemó su corazón. Sólo este fuego nos da verdadera alegría; y lo experimentamos más en el desierto.

San Gregorio de Nisa describió este tipo de vida ascética, diciendo: “¿Cómo puede nuestro entendimiento todavía mirar libremente la luz inteligible, a la cual es semejante, si se deja llevar por los placeres de la carne, si él pasa su tiempo con los deseos y pasiones humanas?... Para poder levantar nuestros ojos a una alegría divina y bendita tan libre y espontáneamente que podemos, nuestra alma no debe inclinarse hacia las cosas terrenas, ni disfrutar de placeres que la vida *ordinaria* permite. Más bien el alma debe rechazar el bien corporal y, en vez de este, escoger la contemplación intelectual e inmaterial de la belleza” (*On Virginité* 20.4).

La Imitación de Cristo también habla de este ideal de la vida ascética, desasida, desprendida, despojada, y desapegada de este mundo y sus placeres *ordinarios* e *inocentes*, vivida sólo por Dios en el desierto. Dice: “tanto más se acerca el hombre a Dios, cuanto se aparta de todo gusto terreno” (3.42.2). “Hijo, mi gracia es preciosa, y no quiere mezcla de cosas extrañas, ni de consuelos terrenos” (3.53.1). “Debes separarte de parientes y amigos, y tener el alma privada de todo placer temporal” (3.53.1). “Nosotros tenemos la culpa si no gustamos, o muy raras veces, de los consuelos divinos, porque no buscamos la contrición del corazón, ni desechamos las vanas y exteriores alegrías” (1.21.3). “Si quieres tener verdadero gozo y ser consolado por mí abundantísimamente. Pon tu felicidad en el desprecio de todas las cosas del mundo, y en cortar de ti todo deleite terreno. De esta suerte gozarás de gran consuelo” (3.12.4).

Sobre este tipo de vida austera y desprendida, San Bernardo escribe: “Huye de la gente, huye también de tus familiares, aléjate incluso de los amigos más íntimos... El que desea oír la voz de Dios, que se retire a la soledad... Esta voz no resuena en las plazas...un consejo secreto requiere una escucha secreta” (*Carta* 107.13).

San Francisco de Sales escribe sobre esta vida despojada, diciendo: “Dios os quiere toda y sin reserva; y totalmente fina, desnuda y despojada... En el cielo conoceréis lo feliz que es el alma que ha vivido en este mundo despojada de todas las cosas; y que ha rendido homenaje al grande despojo y desnudez de su esposo, clavado en la Cruz” (*Aviso* 27.46).

Y San Pablo, alentándonos a la perfección, escribe: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de *arriba*, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la *tierra*... Haced morir, pues, lo *terrenal* en vosotros...” (Col 3, 1-2.5). Así vivió Juan el Bautista, buscando las cosas de arriba, y no las de la tierra. Él siempre ha sido honrado en el Este y Oeste como el prototipo y modelo insigne de la vida monástica, una vida de oración y austeridad en el desierto, pero llena de manifestaciones divinas y del amor celestial. En Juan se cumplió la profecía de Isaías: “Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa” (Is 35, 1).

LA HUMILDAD CRISTOCÉNTRICA

22 Domingo del Año

Sir 3, 19-21.30-31; Sal 67; Heb 12, 18-19.22-24; Lc 14, 1.7-14

Hoy las lecturas nos hablan sobre la humildad. Si amamos a Cristo, lo obedeceremos; y él nos enseña hoy: “cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido” (v. 11). Jesús no sólo nos enseña la humildad sino que nos da un ejemplo de humildad con su propia vida, para que le imitemos. Dice: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). Y dice: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Jn 14, 15). Él nos ha mandado a ser humildes. Si lo amamos, seremos, entonces, humildes, obedeciéndole e imitándole como él quiere.

I

El amor quiere semejanza. Queremos ser semejantes a quien amamos. Cristo es humilde. Si lo amamos, entonces el amor por él en nuestro corazón nos dará un gran deseo de ser humildes como él. ¡Cuántos santos han descubierto que el camino de la pobreza, de la humildad, de la sencillez, les une con Cristo, a quien ellos aman! Y al estar unidos así con él, descubren que lo aman más aún; y amándolo más, sienten un deseo más grande aún de imitarlo más aún y hacerse aún más humildes, más pobres, más sencillos, más despreciables en este mundo—y así continúan amándolo cada vez más, siempre creciendo en amor, y asemejándose a él cada vez más, nunca parando en su subida de amor, humildad, y pobreza. ¡Qué vida bella es esta! ¡Qué vida llena de Dios! ¡Qué vida llena del amor, el amor por Cristo!

Los santos que vivieron así han descubierto un gran secreto, escondido a los grandes de este mundo y revelado a los pobres en espíritu, a los mansos y humildes. Y el secreto es esto: la humanidad de Cristo nos une con su divinidad, que nos transforma y diviniza. Uniéndonos en amor con Jesús, obedeciendo e imitándolo en su pobreza, sencillez, y humildad, nos encontramos unidos con él también en su divinidad, que nos penetra, transforma, llena, y diviniza. Esto es porque la humanidad y la divinidad de Cristo son íntimamente unidas en su única Persona divina, que es el Verbo divino. Así, porque nosotros tenemos una naturaleza humana, Dios vino a nosotros en una naturaleza humana para que pudiéramos ver y conocerle, aprender sus enseñanzas, e imitar el ejemplo de su vida. Así Jesús es nuestro camino en su humanidad. Podemos amarlo en su humanidad y asemejarnos con él, a quien amamos, viviendo como él en pobreza de espíritu, despojo, sencillez, y humildad. Y nuestra recompensa será estar unidos también con él en su divinidad, porque no podemos abrazar su humanidad sin abrazar también su divinidad, tan y íntimamente son estas dos cosas unidas en la Persona de Cristo. Así el vivir como él, por amor de él es ser divinizado por él, penetrado e inundado del amor divino y del esplendor inefable. Amándole así, crecemos cada vez más en nuestro deseo de imitarlo más, e imitándolo cada vez más, crecemos en el amor que tenemos por él, un amor que nos quema cada vez más, cuanto más nuestra vida se asemeja a la suya.

II

El verdadero amor no soporta división alguna de corazón. Quiere ser todo y sólo por el amado. No quiere dividir su amor con otra cosa o persona alguna. Quiere guardarse sólo por él, y vivir sólo por él; y así el amor verdadero no cesa creciendo. Así en nuestra humildad y sencillez, queremos despojarnos cada vez más de todo lo demás y vivir sólo por él en todo, todo el tiempo. Por eso los verdaderos amantes de Cristo son los más humildes, los más mansos y desprendidos de toda otra cosa de este mundo. Son los más pobres en espíritu en este mundo, pero los más ricos delante de Dios. Y los monjes se despojan también de sus padres y parientes, renuncian a tener una familia propia, renuncian al matrimonio para no tener ninguna división de corazón en su amor perfecto por Cristo. Los santos que vivían así con todo su corazón encuentran que son encendidos de amor, que viven en las cimas de la luz, y que quieren compartir este amor que quema su corazón con su prójimo. Por eso derraman su vida en amor y servicio al prójimo, e irradian al prójimo el cariño y fuego del amor divino en que viven. Es el amor divino que quema su corazón, y es por eso que los santos derraman sus vidas para la elevación y edificación de todos. Si son monjes, su trabajo silencioso y recogido es su medio para derramarse en amor divino para el bienestar del mundo. Esta es la virtud teologal de la caridad, el amor divino que Cristo nos da, un amor a Dios y a nuestro prójimo. Es un amor sobrenatural y purísimo. Pero es un fuego que nos quema y deleita, que resplandece dentro nosotros y nos hace a nosotros mismos resplandecientes y capaces de amar a los otros con el mismo amor con que somos amados por Dios. Es la virtud teologal más grande, que llena nuestro corazón, y nos hace querer amar a Cristo en toda humildad y despojo, con un corazón indiviso.

Es el amor de Cristo, activado en nosotros por el Espíritu Santo, que quema nuestro corazón con amor por Dios, y por el prójimo como nuestro medio para amar a Dios y crecer más aún en este amor espléndido. Amamos a nuestro prójimo con el amor

divino y purísimo por amor a Dios. Es decir, amamos al prójimo, motivados por el amor a Dios. Este es un amor indiviso, de un corazón indiviso, humilde y despojado de todo lo demás. Es el amor de un corazón arrebatado del amor divino.

Así son los santos humildes—todo es consumado en el amor divino. Imitan a Cristo por amor. Se asemejan a él por amor a él, haciéndose cada vez más humildes, más sencillos, más pobres en espíritu, porque así fue Cristo, a quien aman; y no queriendo ninguna división en su corazón, aman sólo a él perfectamente, y al prójimo como expresión y extensión de este mismo amor a Cristo que se desborda de su corazón. Al no querer división alguna en su corazón, se despojan de todo lo demás por amor a Cristo, y encuentran que así son cada vez más encendidos del amor divino, en que nadan y viven, como sumergidos en él.

Así es su humildad. Si viven en el mundo, son invitados a no hacer banquetes por sus amigos, hermanos y parientes, como sería natural, sino más bien a hacerlos por los pobres, los mansos, los cojos y los ciegos, lo cual es sobrenatural, es divino, es un producto y resultado de este nuevo amor divino, el don de Cristo, activado por el Espíritu Santo, que ahora tanto llena su corazón. ¿Qué recompensa recibirán si hacen así? Un incremento del amor divino y la resurrección de los justos.

III

Así imitamos a Cristo en su humildad, el que “no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28), y que nos enseñó (cuando seamos convidados) a no sentarnos en el primer lugar, sino en el último, “porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido”. Él es “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29), porque los primeros serán los últimos; y los últimos los primeros. Así Jesús fue el primero entre los *anawim*, los pobres del Señor, que no tenían nada en este mundo, cuya felicidad fue sólo en Dios. Y la felicidad de Jesús fue sólo en su Padre. Él no vino a la tierra para buscar felicidad en nada fuera de su Padre. Él vino para salvar a los hombres y devolvernos a su Padre; no vino para buscar su placer en las cosas de este mundo.

Así la vida de Jesús fue el culto perfecto al Padre, una “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”, como dice San Pablo (Ef 5, 2). Tan humilde fue: Ofreciéndose a sí mismo al Padre para nosotros, y así “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb 10, 10). Así él “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Heb 9, 26). Así él se dio a sí mismo al Padre en culto perfecto, ofrenda, sacrificio, y oblación de amor en toda humildad, por nosotros. En humildad “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate de muchos” (Mc 10, 45). Este acto supremo de humildad agradó infinitamente al Padre, y así nos redimió. Esta es la humildad redentora y infinitamente agradable al Padre que debemos imitar en unión con Cristo, en toda renuncia a este mundo y a nosotros mismos, en amor y donación de nosotros mismos. Así, nosotros también, uniéndonos al único sacrificio redentor de Cristo, seremos perfectamente agradables al Padre y llenos del Espíritu Santo, que actualizará el amor de Dios en nuestros corazones.

LA IMPORTANCIA Y EL PODER DEL BUEN EJEMPLO

Viernes, 23 Semana del Año

1 Cor 9, 16-19.22-27; Sal 83; Lc 6, 39-42

Hoy Jesús nos dice algo muy importante: “¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?” Para enseñar a otros, ¡qué importante es nuestro buen ejemplo y coherencia entre lo que decimos y lo que vivimos! Debemos imitar a Dios, y lo hacemos por medio de imitar a Jesús. Los ejemplos heroicos de los santos, empezando con la Virgen María, nos ayudan mucho a imitar a Cristo. Al imitar a Cristo, damos buen ejemplo para los otros a imitar a nosotros. ¿Cuántas veces dice San Pablo: “os ruego que me imitéis” (1 Cor 4, 16), “Hermanos, sed imitadores de mí” (Fil 3, 17), “vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos” (2 Ts 3, 7)?

¡Qué importantes son los ejemplos heroicos de las vidas de los santos y qué importante es el leer tanto las vidas como los escritos de los santos, e imitar sus virtudes! Cuánto más heroicamente podamos hacer esto, tanto mejor, porque así tanto más nos acerquemos a ser santos nosotros mismos, y dignos de ser imitados por los otros. Cuanto más autoridad tiene una persona, tanto más importante es el testimonio de su vida. Cuanto más eficacia tiene la palabra cuando el que la anuncia al mismo tiempo la realiza “...habla la voz”, dice un autor espiritual, “pero persuade el ejemplo del heraldo del evangelio” (E. Bartone, “Ejemplo”, *Dic. Esp.* 1, 667). Así no seremos guías ciegos. Este mismo autor escribe: “Para hacernos salir de la mediocridad, no hay nada como los ejemplos heroicos. Es una ley de la psicología colectiva que los grandes ejemplos y los gestos heroicos aparentemente excesivos, son los únicos que saben arrastrarnos a las cosas difíciles, arduas, pero indispensables” (Ibid., 667).

Tenemos que imitar lo que leemos en las vidas de los santos, como el Espíritu Santo nos guía e inspira. Tenemos que imitar las virtudes de la Virgen María y de los santos, sus virtudes heroicas, su pobreza, y amor de la pobreza voluntaria, su simplicidad, su austeridad, su humildad, su dedicación a buscar sólo a Dios siempre y en todo, su caridad, su amor que irradia al prójimo, su oración, su adoración, su vida eucarística, es decir, su vida de oblación de sí mismos en amor al Padre con Cristo y en imitación de él, lleno del Espíritu Santo, que es el amor divino. Al vivir así, damos buen ejemplo a otros, y nuestra vida viene a ser un acto de culto, un sacrificio de alabanza, una vida de adoración y adoración extendida en la vida, junto con Jesús, el adorador perfecto del Padre.

La Iglesia necesita testigo vivos, modelos de virtudes heroicas “Decisiva es ver *encarnados* en alguna persona los ideales apenas entrevistas” (Ibid., 667). Esto es lo que puede vencer “la indiferencia, y la indolencia,...el respeto humano y las pasiones” (Pío XII in Ibid., 667).

LA IMITACIÓN DE MARÍA

Solemnidad de Nuestra Señora de Coromoto, 11 de Septiembre

Sir 24, 3-4.8-12.19; Jdt 13; Gal 4, 4-7; Lc 2, 15b-19

Hoy tenemos la oportunidad de reflexionar sobre la vida de la Virgen María, la primera entre todos los santos a quienes debemos imitar. Ella misma fue la primera imitadora de su Hijo, Cristo, el eterno Hijo del Padre, el Verbo encarnado. Por eso ella nos ayudará a imitar al Hijo Divino, que vivió completamente dedicado y orientado a su Padre. Así al imitar a María en sus virtudes, imitamos a Cristo en su relación con el Padre; y nuestra vida viene a ser una vida no sólo cristocéntrica, sino también trinitaria, con las mismas orientaciones que Cristo tiene con su Padre.

Cristo vivió totalmente sometido a la voluntad divina. Su voluntad humana fue perfectamente alineada con su voluntad divina, que es la misma voluntad del Padre. Su voluntad propia humana fue totalmente sumisa a la voluntad divina en todo, todo el tiempo. Esta fue su vida—el hacer lo que el Padre quiere. Y así fue la Virgen María en todo, obediente siempre, en amor y despojo completo de sí misma y de su propia vida. Vivía sólo por la voluntad divina, sólo por él, en todo, todo el tiempo, sin excepción alguna; y así ella fue sin pecado, ni siquiera imperfección. ¡Qué vida fue esta!: Obediente en el largo viaje de Nazaret a Belén, cuando fue encinta; obediente en Belén, cuando no había lugar para ellos en el albergue. ¡Qué simplicidad, qué humildad, qué pobreza! El mismo Verbo escogió y planificó las cosas así desde toda la eternidad. Así él quiso nacer en pobreza voluntaria y despojo de las comodidades de este mundo. Y María aceptó todo esto y dio a luz a su Hijo divino-humano en una cueva, en un establo, entre un buey y un asno, entre pastores sencillos y pobres; y entre las ovejas de sus rebaños. ¡Qué humildad!

Cristo vivía sólo por su Padre en todo. Así lo quiso, para nuestra instrucción, para nuestra imitación en amor y despojo de nosotros mismos por amor de él. Así también hizo María, amando a su Hijo recién nacido, la luz del mundo, y el esplendor de su corazón. Y lo acostó en un pesebre, en el heno. ¡Qué despojo más perfecto de su voluntad propia! ¡Qué desprendimiento de los bienes de este mundo! ¡Qué sobriedad! ¡Qué sencillez! ¡Qué pobreza! ¡Qué belleza, hundida en Dios, sumergida en Dios, en la luz radiante del Verbo encarnado! Y además, fue de noche. En la oscuridad brilló la luz verdadera, y María pudo calentarse en su fulgor. ¿No sería más cómodo nacer en la luz y calor del día? Pero Dios lo escogió así. Escogió la noche, el tiempo menos cómodo, para enseñar a los hombres a encontrar su comodidad no en las cosas de este mundo, sino en él, la fuente viva de la comodidad verdadera, la hoguera que nos calienta, el resplandor que brilla en nuestro corazón.

Así es la vida de María, la vida de los *anawim* de Yahvé, de los pobres del Señor, que no tienen nada en este mundo, y cuya única alegría es sólo en Dios. Así vivía María la vida de las bienaventuranzas. Bienaventurados los pobres, los que tienen hambre, los que lloran en este mundo, excluidos por su pobreza de sus placeres, los perseguidos por causa de la justicia. Bienaventurados son, porque sus vidas se asemejan a la de Cristo, que vivió sólo por el Padre con todo el amor de su corazón, siempre, y en todo, sin

excepción. Ellos son los que heredarán el reino de Dios, serán saciados, reirán y serán recompensados. Pero ¡Ay de los que no viven así!, los que viven con consuelos terrenos, los que son saciados ahora con los bienes de este mundo, los que ríen ahora, de los cuales todos hablan bien porque son del mundo. ¡Ay de ellos, porque ya tienen su consuelo! Ellos tendrán hambre, lamentarán, y estarán puestos entre los falsos profetas. Pero María en su simplicidad fue entre los verdaderos bienaventurados, los *anawim* de Yahvé, los pobres del Señor, los pobres en espíritu, a los cuales es prometido el reino de Dios.

Esta es la vida de los santos, los que han vivido una vida heroicamente virtuosa. Y María es la primera entre ellos, cuyo ejemplo nos ayuda a ser santos y virtuosos. Esta es la vida cristocéntrica, basada en la imitación de Cristo por amor a él. Es también la vida trinitaria, una vida completamente configurada a la vida de Cristo en unión con él en amor, ofreciéndose en amor y donación de sí misma al Padre con el sacrificio de Cristo, en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el amor divino actuando en nosotros, regocijando y divinizándonos, perfeccionando nuestra filiación divina. Así vivía María, humilde sierva del Señor, ejemplo para nuestra imitación. Imitando sus virtudes heroicas, imitamos a Cristo, configurándonos a su imagen.

LAS RIQUEZAS VERDADERAS

25 Domingo del Año

Amos 8, 4-7; Sal 112; Tim 2, 1-8; Lc 16, 1-13

La primera lectura y el evangelio de hoy nos enseñan sobre el uso y el abuso de las riquezas. En la primera lectura el profeta condena al pueblo por su codicia y avaricia, viviendo por las riquezas de este mundo hasta el punto de achicar la medida, subir el precio y falsear la balanza. Y el evangelio nos enseña dos cosas: 1) El mal uso del dinero de este mayordomo, que resultó en que él fue quitado de su mayordomía, y 2) Su buen uso de las riquezas para hacerse amigos.

Anteriormente este siervo malgastó y despilfarró el dinero de su amo. Pero ahora él muestra una cierta sabiduría en su uso del dinero, que aun su amo alabó.

En aquellos días los mayordomos, parece, añadieron su propia comisión a lo que ellos prestaron a otros. Si alguien, por ejemplo, recibió cincuenta barriles de aceite, su recibo dijo que ha recibido cien, y entonces tendrá que devolver cien, o el precio de cien. Esta adición fue la comisión del mayordomo, una comisión usuraria.

Ahora que él va a ser quitado de su mayordomía, él cambia su orientación para hacerse amigos entre los deudores de su amo. Él sacrificó su propia comisión, y recobró sólo lo que ellos tenían que pagar a su amo. Agradados por su generosidad, ellos le ayudarían en retorno después de que se le habrá quitado su mayordomía. “Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente” (v. 8).

Aunque este mayordomo no actuaba por motivos espirituales, sino que sólo para salvarse a sí mismo, sin embargo, actuó con una cierta sabiduría seglar, y aun Jesús lo usó como un buen ejemplo de cómo debemos usar nuestro dinero. No debemos usarlo por nuestros placeres, para la “vida dulce de este mundo”, sino para ayudar a otros, y así ganarnos amigos que pueden ayudarnos a entrar en el cielo. Dice Jesús: “Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas” (v. 9).

Así debemos usar nuestro dinero, no para ser ricos, teniendo mucho dinero, ni para gastarlo para nuestros placeres, sino para ayudar a los otros: o bien espiritualmente o bien corporalmente. Así los que reciben nuestra ayuda, nos ayudarán después con sus oraciones; y Dios nos recompensará por haber usado bien las riquezas que él nos dio.

Jesús alabó a este mayordomo: “Los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de la Luz” (v. 8). Es decir, debemos nosotros, como hijos de la luz, hacer algo semejante con lo que tenemos, sea dinero, riquezas, talentos, dones, oficios, etc. Debemos usarlos no para ser ricos, teniendo muchas cosas, sino para ayudar a los otros. Y ¿cómo podemos ayudar a los otros? Podemos ayudarlos corporalmente o espiritualmente, y haciendo así, debemos imitar a Cristo y conformarnos a su ejemplo. Él no tenía dinero, pero lo que tenía, lo usó para ayudar a los otros. Él los ayudó con su amor, con su predicación, con sus enseñanzas, con su poder de sanar sus enfermedades, y aun por multiplicar pan y peces para su alimentación. Y él los ayudó con el ejemplo de su santa vida.

Dice Jesús también sobre este mayordomo: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel... Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (v. 10-11). ¿Qué es lo verdadero? ¿Qué son las riquezas verdaderas, sino la vida de fe, nuestra vida nueva en Cristo, muerto con él al pecado, y resucitado con él en su luz y amor, una vida de amor divino y llena de esperanza? ¿Qué hacemos con esta vida, con este don de Dios? ¿Lo usamos bien o no? Si no usamos bien las pequeñas cosas, como riquezas mundanas, ¿cómo usaremos bien las cosas grandes como nuestra vida de fe? Si abusamos nuestras posesiones mundanas, o las cosas materiales que nos rodean, de verdad, ¿vamos a usar bien las riquezas espirituales, las riquezas verdaderas? Probablemente no. Si usamos las cosas materiales para nuestro placer, ¿vamos a apreciar riquezas verdaderas como la eucaristía, la presencia de Dios inhabitando en nuestro corazón, la obra del Espíritu Santo regocijándonos con su amor, la filiación divina, que el Espíritu Santo obra en nosotros, conformándonos a la imagen del Hijo, una filiación que tanto nos une con el Hijo que el mismo amor con que el Padre ama eternamente a su Hijo está ahora en nosotros? Probablemente no vamos a usar bien estos dones espirituales si no usamos bien las cosas materiales. Vamos, probablemente, a despilfarrar los dos.

¿Qué, pues, debemos hacer para apreciar más estas verdaderas riquezas como Dios quiere? Primero, debemos usar bien los bienes materiales, es decir, no para nuestro propio placer, sino para ayudar a los demás. Segundo, debemos abrazar la humanidad de Cristo con amor, e imitar su vida en su humildad, obediencia, sumisión, y adoración perfecta del Padre. Debemos imitarlo en su pobreza, nacido en un pesebre, en un establo, en una cueva, entre animales y pastores pobres, perseguido por causa de la justicia durante su vida, y, al fin, muerto en la cruz, ofreciéndose en amor, sacrificio, y despojo total de sí mismo al Padre. Al abrazar así la humanidad de Cristo en su pobreza, descubrimos que lo abrazamos también en su divinidad, y que somos divinizados por medio de ella. Imitándolo en su humanidad, en su vida pobre, despreciada, y desprendida, encontramos que el Espíritu Santo nos llena con su vida divina. Nuestra unión con él por la imitación de su humanidad pobre y crucificada nos une con él en su vida resucitada y glorificada, es decir, en su divinidad, que nos resucita, glorifica, y diviniza.

¿Quién puede usar bien las verdaderas riquezas del espíritu si él abusa de las riquezas pequeñas, de las cosas materiales, usándolas para su propio placer en vez de usarlas para ayudar a los demás, para ganarse amigos que le ayudarán después en las moradas eternas? Alguien que abusa de las cosas materiales va a abusar de las cosas espirituales también. Alguien que no es fiel en las riquezas materiales, tampoco va a ser fiel en las riquezas verdaderas. Es decir, va a tratar de servir a dos señores, a Dios y a las riquezas, y no va disfrutar ni de las riquezas interiores, como Dios quiere, ni tampoco va a disfrutar mucho de las cosas materiales. Eso es porque las cosas materiales, de las cuales él abusa, van a destruir su gozo en Dios; y su fe en Dios va a destruir su gozo en las cosas materiales, haciéndole sentirse culpable. Y va a descubrir que no tiene ni gozo material, ni gozo espiritual, cada uno cancelando el otro. Así es el hombre que trata de servir a dos señores. Es imposible; y no tendrá éxito, ni con el uno, ni con el otro.

Cuanto mejor es usar nuestras riquezas materiales sólo para ayudar a los otros y no para nuestro propio placer, y dejar de servirlos como a un señor. Cuanto mejor es servir sólo a un Señor, Dios, imitando a Cristo en todo, imitando su vida pobre, despojada, y humilde. Cuanto mejor es unirnos en amor con él en su humanidad, en su pobreza. Cuanto mejor es unirnos con él crucificado, y vivir con él una vida crucificada en amor, oblación, y adoración.

Esta vida crucificada es la vida perfecta. Es perfecta en amor, obediencia, y adoración. Es perfecta en la filiación divina, que Cristo nos da. La vida crucificada de Cristo, si nosotros vivimos este misterio, es también la vida glorificada de Cristo en nosotros porque su *crucifixión* es su *glorificación*. Es una vida de *gloria* y de *amor* ardiente, una vida iluminada, transformada, y divinizada en el esplendor de la gloria de Cristo en nosotros. Crucificados con él, vivimos una vida resucitada con él, llena de gloria.

Así viviremos si usamos correctamente nuestros bienes materiales, e imitamos la vida crucificada de Cristo.

LA VEJEZ, PREPARACIÓN PARA LA VIDA DEL CIELO

Sábado, 25 Semana del Año

Coh 11, 9-12, 8; Sal 89; Lc 9, 43-45

Hoy Cohelet nos da una bella descripción de la vejez y la muerte, que para nosotros son la preparación para la eternidad y la vida de gloria. La debilidad, disminución, y enfermedad de la vejez, tan gráficamente descritas por Cohelet, son para nosotros, como dice un autor espiritual, “como una gracia, un bien escatológica porque además de otros efectos suyos, tiene también el de hacernos apreciar, pensar y desear más intensamente los bienes eternos” (A. Dagnino, “Gozo”, *Dic. Esp.* 2, 177). La debilidad de la vejez disminuye, providencialmente, nuestro interés en los placeres de este mundo, y disminuye nuestra capacidad de disfrutar de ellos. La vejez debilita también las pasiones. Cuando la vejez está acompañada de la enfermedad, como sucede con frecuencia, sus efectos son aún más fuertes y espiritualmente saludables para una persona de fe profunda que se dedica completamente a Dios. Es su tiempo de preparación final para la vida eterna, la vida de gloria.

Una persona sabia no olvida esta, la meta de su vida, aun en su juventud. Los ancianos están más cerca de su meta, pero aun un joven sabio no olvida su meta final. Por eso dice Cohelet hoy: “Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia...pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios...acuérdate de tu creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos” (11, 9; 12, 1).

En el tiempo de Cohelet, Dios todavía no ha revelado la resurrección y una vida eterna de gloria después de la muerte para los que creen y viven bien. Este autor profundiza el problema de la vejez sin esta esperanza, y concluye que es “vanidad de vanidades” (12, 8), y, de verdad, así sería sin esta esperanza que tenemos en Jesucristo por medio de su muerte y resurrección. Por eso, Cohelet ve en la vejez sólo la disminución de las fuerzas humanas, por ejemplo, de la vista, cuando se oscurece el sol, y la luz, y la luna y las estrellas, y “cuando se encorvarán los hombres fuertes...y se oscurecerán los que miran por las ventanas...” (12, 2-3).

Pero para los que tienen la plenitud de la revelación de Dios en Jesucristo, este tiempo puede ser un prelude de la vida del cielo, una espera y vigilia para una gran fiesta, un tiempo de las preparaciones finales para la venida del Señor con todos sus santos en gran luz. Así un tiempo de tristeza se convierte en un tiempo sagrado, a causa de la cercanía del Señor.

LA VERDADERA ALEGRÍA

26 Domingo del Año

Amos 6, 1.4-7; Sal 145; 1 Tim 6, 11-16; Lc 16, 19-31

Hoy vemos un gran contraste entre los pobres del Señor, que son los verdaderos bienaventurados por una parte, y por otra parte los ricos que viven en sus placeres mundanos y ya tienen su consuelo y recompensa en esta vida. Jesús nos llama a ser los verdaderos pobres en espíritu que heredarán el reino de los cielos.

En la primera lectura el profeta Amos condena a los ricos que viven en sus placeres y olvidan a Dios—y ¿quién no va a olvidar a Dios, en un sentido u otro, cuando está saciado y repleto de los placeres y deleites de este mundo? Por eso hoy el profeta Amos condena a los que “duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a cautividad, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres” (Am 6, 4-7). Se han dedicado a una vida de placer en este mundo, y ya han tenido su recompensa. Van ahora a cautividad, como castigo. Han olvidado a Dios.

Isaías tiene el mismo mensaje. Dice: “¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y no miran la obra del Señor, ni consideran la obra de sus manos. Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento... ¡Ay de los que son valientes para beber vino; y hombres fuertes para mezclar bebida...! Por tanto, como la lengua de fuego consume el rastrojo, y

la llama devora la paja, así será su raíz como podredumbre, y su flor se desvanecerá como polvo; porque desecharon la ley del Señor de los ejércitos, y abominaron la palabra del Santo de Israel” (Is 5, 11-13.22.24). Han olvidado a Dios en sus pastos y deleites. Ya han recibido su recompensa.

También el profeta Oseas dice lo mismo, contrastando su conocimiento de Dios en el desierto con su olvido de Dios cuando fueron repletos en sus pastos y deleites. Dice: “Yo te conocí en el desierto, en tierra seca. En sus pastos se saciaron, y repletos, se ensoberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí. Por tanto, yo seré para ellos como león; como un leopardo en el camino los acecharé” (Os 13, 5-7). Repletos con placeres y deleites, se olvidaron de Dios.

En el libro del Deuteronomio, Moisés dice lo mismo. Dios, hablando por su boca, dice: “Yo les introduciré en la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel; y comerán y se saciarán, y engordarán, y se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me enojarán, e invalidarán mi pacto” (Dt 31, 20). Y Moisés mismo dice en el mismo libro de Deuteronomio: “Pero engordó Jesurún, y tiró cosas, engordaste, te cubriste de grasa; entonces abandonó al Dios que lo hizo” (Dt 32, 15). Repletos y saciados con deleites y placeres, abandonaron a Dios en su corazón. Lo olvidaron.

El profeta Miqueas también amonesta al pueblo sobre el peligro de vivir una vida de placer. Dice: “Si alguno andando con espíritu de falsedad mintiere diciendo: Yo te profetizaré de vino y de sidra; éste tal será el profeta de este pueblo” (Mi 2, 11).

No sólo el Antiguo Testamento, sino que el mismo Jesús tienen el mismo mensaje. Lo hemos oído en el evangelio de hoy, cuando el condena al hombre rico “que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez”. El hombre pobre, Lázaro, cuando murió “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham” (v. 22), mientras que el rico fue sepultado en Hades, atormentado por las llamas del fuego, y le dijo Abraham: “Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado” (v. 25). ¡La única razón y explicación que Abraham le da por su condenación es que él vivió aquí abajo saciado de deleites! Él debiera haber oído a Moisés y a los profetas, y entonces no habría llegado “a este lugar de tormento” (v. 28). Pero no oyó. Prefirió vivir en deleites aquí abajo, y así perdió su recompensa celestial.

Y Jesús dice también: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de *glotonería* y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc 21, 34). *Cargados* y saciados con los *deleites* de este mundo, olvidamos a Dios, y nuestra oración y contemplación es muy débil porque somos *repletos* de los *placeres* de esta vida; y Jesús mismo nos amonesta, diciendo: “¡ay de vosotros ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis” (Lc 6, 24-25). Los que viven así, ya han tenido su recompensa, dice Jesús. Por eso dijo: difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt. 19, 23-24). Esto es porque normalmente los ricos viven en los *deleites* de este mundo y olvidan a Dios. Son como la semilla, como dice Jesús: “que cayó entre espinas, éstos son los que oyen, pero yéndose, son *ahogados* por los afanes y las riquezas y los *placeres* de la vida, y no llevan fruto” (Lc 8, 14). Son *ahogados* por sus *deleites* y *placeres*, y olvidan a Dios. Por eso dice Santiago sobre los ricos: “¡Vamos

ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán... Habéis vivido en *deleites* sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza” (St 5, 1.5).

San Pablo también tiene el mismo mensaje. Dice: “Andemos como de día, honestamente; no en *glotonerías* y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia” (Rom 13, 13). Saciados de *placeres* y repletos de *deleites*, ¿quién puede experimentar la profundidad del amor de Dios? Por eso dice Jesús: “El que ama su vida, la perderá; y el que *aborrece* su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Jn 12, 25). Es decir, “el que ama su vida” de una manera mundana, saciado de deleites, perderá su vida; y “el que aborrece su vida en este mundo”, renunciando a los placeres y deleites de esta vida, para vida eterna guardará su vida. “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). El plan de Dios para nuestra salvación no es saciarnos con los deleites de este mundo como el hombre rico que “hacía cada día banquete con esplendidez”, sino que tomemos nuestra cruz cada día y sigamos a Cristo, como dijo Jesús: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lc 9, 23). “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mc 8, 36).

La Imitación de Cristo dice: “Si dejas de ser consolado por las cosas mundanas, podrás ver más perfectamente las cosas celestiales” (2.1). Y “tanto más se acerca el hombre a Dios, cuanto se aparta de todo gusto terrenal” (3.42.2). Y “Nosotros tenemos la culpa si no gustamos, o muy raras veces, de los consuelos divinos, porque no buscamos con la contrición del corazón, ni deseamos las vanas y exteriores alegrías” (1.21.3). Y “Cuando el hombre llega a no buscar consuelo en ninguna criatura, entonces comienza a gustar de Dios perfectamente” (1.25.10). Y “verdadera gloria y alegría santa es...no deleitarse en criatura alguna sino en Ti” (3.40.5). También dice *La Imitación de Cristo*: “Hijo, mi gracia es preciosa y no admite ser mezclada con cosas ajenas a ella ni con consuelos mundanos. Por lo tanto, si quieres que esta gracia te sea infundida debes alejar todo lo que la obstaculiza” (3.53.1). Y “Pero son pocos los que se esfuerzan en morir a las inclinaciones naturales, y como no abandonan el amor propio, se quedan enredados en sus sentimientos sin poderse elevar espiritualmente” (1.53.3).

San Juan de la Cruz tiene el mismo mensaje. Dice: “Todos los deleites y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que es Dios, son suma pena, tormento y amargura. Y así, el que pone su corazón en ellos es tenido delante de Dios por digno de suma pena, tormento y amargura; y así no podrá venir a los deleites del abrazo de la unión de Dios, siendo el digno de pena y amargura” (*Subida* 1.4.7). Y “Todas las riquezas y glorias de todo lo criado, comparado con la riqueza que es Dios, es suma pobreza y miseria. Y así, el alma que lo ama y posee es sumamente pobre y miserable delante de Dios, y por eso no podrá llegar a la riqueza y gloria, que es el estado de la transformación en Dios, por cuanto lo miserable y pobre sumamente dista de lo que es sumamente rico y glorioso” (*Subida* 1.4.7). También dice San Juan de la Cruz: “Cuanto más se gozare el alma en otra cosa que en Dios, tanto menos fuertemente se empleará su gozo en Dios” (*Subida* 3.16.2). Es decir: Cuanto más hallamos nuestro gozo en las cosas del mundo, tanto menos gozo tendremos en Dios. Y el opuesto también es verdad, es decir: Cuanto menos hallamos nuestro gozo en las cosas del mundo, tanto más gozo tendremos en Dios.

Cuanto mejor, en todo esto, es asemejarnos a los pobres en espíritu, a los que han renunciado a los deleites de este mundo y viven sólo por Dios en todo, todo el tiempo. Esta es la vida verdaderamente bienaventurada, la vida que abraza la cruz con amor; y encuentra ahí la resurrección y gran dulzura espiritual. Es la vida crucificada a este mundo, cuya única gloria es en la cruz de Cristo, en la cual halla toda su dulzura, gozo y alegría. Perdiéndose por Cristo, se halla verdaderamente en él. Perdiendo su vida, la halla verdaderamente.

LA VISIÓN DE PAZ UNIVERSAL
Los Santos Arcángeles, 29 de Septiembre
Dan 7, 9-10.13-14; Sal 137; Jn 1, 47-51

Hoy celebramos con gozo la fiesta de los ángeles, y recordamos algunos de los lugares en las escrituras que hablan de los ángeles. El ángel Gabriel anunció a la Virgen María que su Hijo “reinará sobre la casa de Jacob, para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 33). Él tendrá un reino eterno de paz celestial sobre la tierra. Y en el nacimiento de Cristo, los ángeles desearon esta gran paz a los hombres, diciendo: “Y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad” (Lc 2, 14). Estamos tratando de realizar y vivir este deseo de los ángeles ahora mientras que rezamos y trabajamos para la transformación del mundo en el reino de Dios, un reino de paz universal y celestial que unirá cada hombre con los demás en concordia y armonía, en entendimiento y tolerancia, en amor y esperanza, en una paz sin límites y sin fronteras, en una paz arraigada en una sola fe en Jesucristo.

El Padre nos ha hecho hijos en su único Hijo divino por obra del Espíritu Santo actuando dentro de nosotros, transformándonos. Si somos hijos adoptivos de Dios por medio de nuestra fe en Jesucristo, entonces somos todos hermanos en Cristo, o potencialmente hermanos en Cristo, con un Padre común. Por eso los ángeles desearon a los hombres paz en la tierra en el nacimiento de Jesús. Él vino para traer esta paz a la tierra, una paz celestial, y hacernos todos hermanos.

Vivimos ahora en esta visión de paz, ansiando su realización completa en la parusía de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos y ángeles. “Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo... Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a su escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31). “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt 16, 27). Estemos preparados para esta hora. Nuestra vida ahora es nuestra preparación para esta gran hora final del cumplimiento de todas las cosas. Cristo murió en la Cruz para hacer nuevas todas las cosas, y vendrá en su parusía para consumir su obra de la renovación del mundo en su muerte y resurrección. Entonces el deseo de los ángeles en su nacimiento para una paz universal y celestial sobre la tierra, que está creciendo ahora secretamente, será cumplido, y los justos serán transformados “a la final trompeta; porque se tocará la trompeta” (1 Cor 15, 52). Y “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Ts 4, 16). Y este será el día “cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder” (2 Ts 1, 7).

No queremos estar entre la cizaña en aquel día de la cosecha final, al fin del siglo, cuando “los segadores son los ángeles”, y cuando “enviará el Hijo del Hombre sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego”, y “entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13, 41-43). Vivimos ahora para este día, nos preparamos ahora para este día, para que estemos preparados.

Trabajemos ahora con nuestro amor al prójimo, con el ejemplo de nuestra vida, con nuestras palabras de sabiduría, y con nuestras obras de caridad, para que el deseo de los ángeles en el nacimiento de Jesús sea una realidad en nuestro mundo, y que la tierra sea transformada en el reino de Dios. Esperamos con fe el cumplimiento de esta visión de un reino universal sobre la tierra de una paz celestial. “Aunque la visión tardará aún por un tiempo...espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Hab 2, 3). En este día “cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria” (Mt 25, 31). “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo” (Mc 13, 32). “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo” (Mc 13, 33).

POCOS ESCOGEN EL CAMINO DE LA VIDA

Viernes, 26 Semana del Año

Job 38, 1.12-21; 40, 3-5; Lc 10, 13-16

Vemos hoy la fuerza de Jesús cuando maldijo a las ciudades donde él predicaba e hizo milagros, pero donde la gente no le creyó. Maldice a Corazón, Betsaida, y Capernaum, diciendo que las ciudades paganas de Tiro y Sidón serán tratadas con más misericordia en el día del juicio que estas ciudades judías que le rechazaron después de oír y ver tanto. Los que han recibido más, de ellos más se les demandará, “porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lc 12, 48).

¿Cuántos siguen el camino angosto de la vida? Y ¿cuántos prefieren y escogen el camino ancho y cómodo que lleva a la perdición? Jesús dice que pocos son los que hallan el camino angosto; pero muchos entran por el camino ancho. Es decir, que aunque han oído muchos sermones y han leído la palabra, y otros libros santos, la mayoría no halla el camino angosto de la santidad, es decir, la de la virtud heroica. Pocos llegan a vivir una vida heroicamente virtuosa, y ser santos. El Espíritu Santo les inspira a vivir heroicamente, pero la mayoría no sigue estas inspiraciones. La mayoría prefiere dirigirse por un buen y bien-equilibrado sentido común, junto con una conformidad a las costumbres generales de comunidad en que vive, en vez de seguir las inspiraciones radicales del Espíritu Santo, quien está inspirándoles a vivir una vida heroicamente virtuosa. Por eso, la mayoría nunca llega a la santidad, ni a la liberación de las pasiones, ni a una vida regular de contemplación infusa y sobrenatural. Eso es porque no sigue las inspiraciones del Espíritu Santo, que está tratando de dirigirles a mortificar sus sentidos y espíritu para llegar a la unión con Dios. Este es el camino angosto que pocos hallan, a pesar de haber oído muchos sermones y leído mucho. Son como las ciudades de Corazón, Betsaida, y Capernaum, a las cuales Jesús maldice hoy. Son malditas porque han oído mucho, pero no han hecho mucho, “porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lc 12, 48).

EL PLAN DE DIOS PARA LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Jueves, 28 Semana del Año
Ef 1, 1-10; Sal 97; Lc 11, 47-54

Leemos hoy el primer capítulo de la carta de San Pablo a los Efesios. Es un capítulo muy denso y rico en su enseñanza cristológica: Primero Pablo da gracias porque Dios “nos bendijo con toda bendición espiritual en los *lugares celestiales* en Cristo” (v. 3). Este punto es un misterio muy grande y bello de la vida cristiana. Quiere decir que el cristiano no es sólo resucitado con Cristo, sino que también está ascendido con Cristo donde él está sentado a la derecha del Padre. Aunque estamos todavía en la tierra, en espíritu estamos ya de antemano en el cielo con Cristo, y debemos vivir, por ello, en la tierra una vida celestial. Este misterio siempre ha sido muy querido por los monjes que ven su vida como una vida celestial, una vida angélica, por anticipación, aquí en la tierra. Ven su vida como un anticipo de la vida del cielo; y así la vida monástica es un signo escatológico para toda la Iglesia de su meta y estado final. *Todos* son invitados a vivir este misterio de la ascensión de Cristo según sus posibilidades ahora. Por eso Pablo también escribe que Dios “juntamente con él [Cristo] nos resucitó, y asimismo nos hizo *sentar* en los *lugares celestiales* con Cristo Jesús” (Ef 2, 6). Fuimos escogidos y predestinados para esto desde antes de la fundación del mundo “para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (v. 4).

Este es el bello plan de Dios en Cristo para nosotros, que seamos santos y vivamos una vida santa, irreprochable y sin mancha delante de él en amor, llenos del Espíritu Santo, aguardando la plenitud de los tiempos cuando él vendrá en toda su gloria con todos los santos en gran luz. Para esto estamos llamados y hechos hijos adoptivos. Así podemos vivir según su voluntad “para alabanza de la gloria de su gracia” (v. 5-6).

Esta es la meta de la vida cristiana: “vivir para la alabanza de la gloria de su gracia”. Para esto vive el Hijo siempre, y, hechos hijos en el Hijo, vivimos nosotros también para esto, con Cristo, en el Espíritu Santo. Al vivir una vida *celestial* en la tierra sin maldad e irreprochable delante de él, hacemos esto. Es decir, una vida santa es una vida vivida para la alabanza de su gloria. Por eso desea Pablo que nuestros corazones sean irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13). Así viviremos para la alabanza de su gloria sin mancha. Por eso reza Pablo que “todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5:23).

Toda esta santidad nos viene por su sangre, por la cual “tenemos redención... el perdón de pecados” (Ef 1, 7). Así seremos la primicia de toda la creación, que será recapitulada en Cristo en la plenitud de los tiempos. Este es el misterio de la voluntad de Dios para la salvación del mundo en su Hijo Jesucristo.

UNA VIDA DE RIQUEZA, GLORIA, Y ESPERANZA

Sábado, 28 Semana del Año
Ef 1, 15-23; Sal 8; Lc 12, 8-12

Hoy Pablo reza para la iluminación de los Efesios. Él reza para que Dios les dé conocimiento de Cristo, “alumbrando los ojos de vuestro corazón, para que sepáis cuál es

la esperanza de su llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (v. 18). Nuestro llamado a ser creyentes es un llamado a la esperanza, un llamado rico en gloria en la herencia de los santos. Vivimos ahora por medio de una visión interior, una visión que vemos con los ojos del corazón cuando Dios ilumina estos ojos interiores. Es una visión que un cristiano iluminado y maduro debe tener todo el tiempo, y también, de vez en cuando, en gran intensidad, cuando Dios le quiere dar este don. Con estos ojos interiores vemos una “riqueza de gloria”, la cual es “la herencia de los santos”. Entreveamos esta gloria ahora en la alegría de nuestro corazón, y sabemos que su plenitud nos espera en el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos los santos en gran luz. Por eso Pablo reza que Dios les dé a conocer “qué es la *esperanza* de su llamado, y qué es la riqueza de la gloria de su *herencia* con los santos” (v. 18). Así vemos que es un llamado de esperanza, de riqueza, y de gloria. Esta es la vida en que somos llamados a vivir, en gloria, esperanza, y riqueza. Nos hace radiantes con gloria, una gloria que viene de la riqueza del mismo Dios. Es una experiencia de gloria que nos llena de esperanza para ver su plenitud en el día de la manifestación de Jesucristo. Por eso queremos vivir ahora preparados para nuestra herencia con los santos, en alegre y ansiosa expectativa, en oración y recogimiento interior, viviendo “quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Tim 2, 2).

Pero es en nuestra vida actual con Cristo en nosotros ahora que nos da esta esperanza. Nosotros somos, como dice Pablo: “A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio...que es Cristo en nosotros, la esperanza de gloria” (Col 1, 27). Vivamos, pues, ahora en esta *gloria* y *cercanía* de Dios para estar preparados para su manifestación final. Viviendo así, estaremos siempre vigilantes, siempre en vela, siempre en dialogo interior con Dios, viviendo “sobria, justa y piadosamente” “en este siglo” “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y salvador Jesucristo” (Tito 2, 12-18).

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS MESIÁNICOS

Viernes, 29 Semana del Año
Ef 4, 1-6; Sal 23; Lc 12, 54-59

Nosotros vivimos en los tiempos mesiánicos, y debemos reconocer las señales de los tiempos. Reconocemos las señales de los vientos y de las nubes que indican la lluvia o el calor, ¿por qué no podemos distinguir, pregunta Jesús, las señales de este tiempo propicio de la salvación? Es verdad que vivimos en los últimos tiempos, en los días propicios de la salvación, en los tiempos mesiánicos prometidos y predichos por los profetas. ¿Por qué no los reconocemos mejor y aprovechamos mejor de ellos?

¿Cuántas personas continúan viviendo de un modo mundano, sin prepararse para la venida del Señor, sin tratar de subir el monte de la perfección, y del conocimiento y amor de Dios? Y es un verdadero monte muy alto que requiere mucha preparación y esfuerzo para subirlo. Es ardua la subida de esta montaña; pero tenemos todos los medios necesarios para subirla—tenemos las escrituras y los escritos de los Padres y de los santos. Tenemos la eucaristía y la inhabitación de la Santísima Trinidad. Tenemos la obra salvadora de Jesucristo—su muerte sacrificial y redentora en la cruz que nos reconcilia

con el Padre, y al Padre con nosotros a la iniciativa del mismo Padre. Tenemos la obra interior del Espíritu Santo reformándonos en la imagen del Hijo.

Pero todos estos dones necesitan nuestra cooperación activa y nuestra colaboración. Sin esto, estos dones quedan como semillas en nuestro corazón, sin desarrollarse, y no llevan fruto.

¿Qué, entonces, debemos hacer? Esta es la obra del Espíritu Santo. Él va a inspirarnos, atraernos, y mostrarnos lo que debemos hacer para llegar a la perfección, a la cual Dios nos llama e invita. Él nos va a mostrar, por medio de sus inspiraciones interiores, qué es la voluntad más perfecta de Dios para con nosotros y cómo debemos subir este monte de la perfección. Él nos inspira por medio de señales, que son como las señales del tiempo. Él nos da el deseo interior, el anhelo de vivir una vida verdaderamente pobre y crucificada con Cristo pobre, rechazado, y crucificado, por amor a él. El Espíritu Santo nos da el anhelo de imitar a Cristo por amor a él. El amor siempre quiere semejanza. Si nuestro amado es crucificado y si nosotros lo amamos, ¿cómo es posible que nosotros no quisiéramos ser crucificados con él y como él? Así, por medio de la cruz, de una vida crucificada, nos crucificamos en amor y así subimos al monte de la perfección y de unión con Dios. Las señales de este tiempo propicio nos muestran cómo hacer esto. Tenemos que interpretar y seguirlas.

CIUDAD DE ORO Y LUZ

Todos los Santos, 1 de Noviembre
Apc 7, 2-4.9-14; 1 Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12

La fiesta de hoy, de todos los santos, es como un día en el cielo, en la Nueva Jerusalén, ciudad de oro y luz, que es la meta final de nuestra vida. Hoy, brevemente, podemos contemplar su gloria y felicidad para encender nuestros deseos para llegar allá. Es la ciudad santa de Jerusalén, que San Juan vio en su visión. Él dice: “Me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas... El material de su muro era de jaspe; pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio. Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera...” (Apc 21, 10-12.18.21-23). “Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche” (v. 25). Y sobre esta gloriosa ciudad, Isaías dice: “No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados” (Is 60, 20).

Ahí vive Jesucristo glorificado en el seno del Padre, cubierto de gloria. Él vive en la gloria de su Padre en esplendor y luz inimaginable, en amor y felicidad inefable. Y todos los que son dignos de llegar allá le verán cara a cara tal como es, y serán transformados en gloria como él. Contemplarán su gloria; y esto será toda su felicidad.

Es bien contemplar nuestra meta final, la Jerusalén celestial, para encender nuestros deseos para llegar allá. También el contemplarla así nos da una vislumbre ahora de esta gloria y felicidad celestial. Podemos aun experimentar algo de esta felicidad

ahora, de esta gloria que Jesús ya nos ha dado para contemplar. Al contemplar así la felicidad de las tres divinas Personas, glorificando y amando el uno al otro, entramos aun ahora, en esta felicidad de Dios, en este esplendor y magnificencia, en esta luz sobre toda luz. La felicidad del Padre, abrazando, eternamente, en un gran abrazo de amor, a su único Hijo, llenándole con gloria, es nuestra felicidad ahora también porque nosotros estamos en el Hijo, y el Hijo está en nosotros, y este Hijo está en el Padre. Una divina Persona glorifica a la otra en esplendor inefable; y el Espíritu Santo es el vínculo de su amor. Y este mismo amor se ha dado a nosotros por el don del Espíritu Santo que Cristo nos dio. Pablo nos dice esto, diciendo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Rom 5, 5). Y Cristo mismo nos ha dicho: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; *permaneced* en mí amor” (Jn 15, 9). Y dice también: Padre, “los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn 17, 23), y “la *gloria* que me diste, yo les he *dado*” (Jn 17, 22). Jesús nos ha introducido en esta vida espléndida y refulgente de la Santísima Trinidad para nuestra felicidad, comenzando ahora, pero también para siempre. Cuanto más podemos contemplar la felicidad de Dios, tanto más felices somos nosotros con una felicidad no de este mundo; es la felicidad celestial, experimentada ya de antemano, y que nos transforma y diviniza, haciendo nuestro espíritu resplandeciente con el resplandor de Cristo glorificado, bañado de la gloria de su Padre. Esta es la gloria que Jesús pidió a su Padre cuando dijo: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquélla gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn 17, 5).

Por eso, hermanos y hermanas, estamos aquí contemplando no el monte Sinaí con su fuego y temor, sino el monte Sion y la Jerusalén celestial, llena de luz y fulgor, llena de felicidad y amor, amor de comunión y de unión entre las divinas Personas, donde estaremos bañados de su claridad, y en la que participamos aun ahora con nuestra contemplación. Nuestra ciudadanía es de esta ciudad de oro y luz. Hoy tenemos el gozo de contemplar la patria verdadera de nuestra alma, y nuestra meta final. Cuanto más podamos vivir aun ahora en Espíritu en esta ciudad celestial, tanto mejor, tanto más felices seremos.

EL SEÑOR ES TU LUZ EN LA NUEVA JERUSALÉN

Dedicación de la Basílica de Letrán, 9 de Noviembre

Ez 47, 1-2.8-9.12; Sal 45; Lc 2, 13-22

Hoy celebramos la dedicación de la catedral del Papa, la Basílica de Letrán en Roma en el año 324. Esta iglesia, como el catedral del Papa, es un símbolo de la misma Iglesia, madre y fuente de vida para todo hombre que cree en Cristo. Desde la Iglesia fluyen las aguas de vida, y en el seno de la Iglesia encontramos a Cristo. Recibimos nueva vida en las aguas bautismales. Ahí, en esta fuente, morimos y resucitamos renovados en Cristo, hechos hijos de Dios, hijos de la luz; y desde este día Jesucristo empieza a vivir dentro de nosotros como en un templo vivo. Somos también templos del Espíritu Santo que se nos ha dado, y él vive en nosotros como en su propio templo. El Padre también viene a vivir en el corazón de todo aquel que guarda la palabra de Jesús. Somos, entonces, templos de la Santísima Trinidad con las tres divinas Personas viviendo en nosotros como en su templo.

En el Antiguo Testamento había un templo, pero Dios nunca vivía tan íntimamente en nadie en aquel tiempo como él vive en nuestro corazón ahora como en su propio templo. Es por medio de la encarnación que Dios está tan cerca de nosotros ahora, porque una de las tres divinas Personas se ha hecho hombre y extendió su humanidad sacramentada en el mundo por la eucaristía. Al recibir este don, la humanidad de Cristo entra nuestro cuerpo, su cuerpo y sangre mezclándose con nuestro cuerpo y sangre, su alma humana mezclándose con nuestra alma humana, y su divina Persona mezclándose con nuestra persona humana, divinizando, transformando, y llenándonos con su luz. Así, si guardamos bien el silencio, uno puede regocijarse en la luz divina muchas horas cada día, sobre todo en la mañana por muchas horas después de recibir al Señor en la eucaristía. Durante este bendito tiempo, si guardamos bien el silencio, nos experimentamos a nosotros mismos como verdaderos templos de Dios, templos iluminados, templos llenos del esplendor divino. Jesucristo nos *dio* a nosotros la *gloria* que su Padre le dio a él; y él quiere que la *contemplemos*, que nos calentemos en esta gloria y esplendor que nos llena de amor y esperanza, amor a Jesucristo, amor a Dios, y esperanza por el cumplimiento de esta gloria en la Nueva Jerusalén.

En la Nueva Jerusalén no habrá templo. Dios es su templo, y la gloria de Dios, su iluminación. Por eso no hay necesidad que el sol brille en ella. Allá viviremos en el esplendor puro de Dios, en regiones de luz, en las cimas de luz. Nos da mucha alegría tan sólo el meditar sobre estas realidades que encienden nuestros corazones con esperanza y nos llenan de una luz suave y dorada.

Hasta estos puntos, Dios nos ha llamado, hasta este silencio y soledad tan llenos de él mismo. Para ser estos verdaderos templos de Dios en la tierra, llenos de la luz de Cristo, divinizados por su belleza y luminosidad, hemos de ser purificados de los placeres mundanos que impiden esta unión con Dios, esta visión de su gloria, este regocijo de corazón, este júbilo de espíritu, este cumplimiento de nuestro ser. En nuestro templo no debe estar otra cosa que Dios. No debe estar otro dios, otro gozo innecesario fuera de él en nuestro templo si queremos vernos tan iluminados como él quiere iluminarnos.

Por eso la cruz, voluntariamente aceptada, y aun buscada como el camino a la gloria, es nuestro camino que nos lleva a las cumbres iluminadas, a las cimas de la luz, donde debemos armar nuestra tienda y permanecer, calentándonos en su resplendor. Así es la vida gloriosa del cristiano, contemplando su *gloria* que él nos dio: “Padre”, dijo Jesús, “la *gloria* que me diste, yo les he *dado*” (Jn 17, 22). “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que *contemplan* mi *gloria* que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn 17, 24). Para los que creen en Cristo, como profetizó Isaías, “No se podrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque el Señor te será por luz perpetua” (Is 60, 20). Y en la Nueva Jerusalén “el Cordero es su lumbrera” (Apc 21, 23).

EL FIN DEL MUNDO
Viernes, 32 Semana del Año
2 Jn 4-9; Sal 118; Lc 17, 26-37

Hoy oímos el bello evangelio sobre el fin del mundo. Las imágenes son fuertes y bellas, y dejan una impresión inolvidable en la memoria. Jesús quiere que meditemos sobre estas cosas, y que vivamos ahora a la luz de estos acontecimientos venideros.

Primero, oímos ayer que “como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día” (Lc 17, 24). Tan sólo esto, sin pensar de otra cosa, puede ser un buen sujeto de nuestra meditación. La luz de Cristo deslumbrará todo el cielo cuando venga en la oscuridad de la noche de este mundo; y los que han anhelado su venida y esta gran luz se regocijarán a ver, al fin, el cumplimiento de todos sus deseos. Esto será la culminación de su vida terrestre, la fruición de todos sus anhelos, la plena manifestación del deseo de su corazón.

Pero para los que no están preparados será un día de terror y temor como fue la venida del diluvio en los días de Noé. Los justos fueron salvados en el arca, pero vino el diluvio y destruyó a los no preparados, que estaban comiendo, bebiendo y casándose sin prepararse para el encuentro con Dios. Todos fueron destruidos. Y Jesús dice: “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre” (Lc 17, 26). ¡Que no seamos como ellos! ¡Que estemos más bien preparados ahora, vigilantes, diligentes, y velando, viviendo una vida de vela continua en todo lo que hacemos, en cada área de nuestra vida, y en nuestro estilo y modo de vivir!

En este gran día, será como sucedió en los días de Lot. Lot tuvo que salir de Sodoma y huir a las montañas para escapar de la mundanidad de Sodoma y de su castigo. Tuvo que huir sin mirar atrás—“acordaos de la mujer de Lot”, dijo Jesús (v. 32). “Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal” (Gen 19, 26). Nuestra vida no puede ser una vida que mira atrás y que quiere volver atrás del llamado a la perfección que Dios nos ha dado, porque “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”

(Lc 9, 62). Tenemos que salir del mundo, y huir a las montañas. Tenemos que dejar la mundanidad del mundo y comenzar una nueva forma de vida, sin volver atrás. ¡Salgamos inmediatamente! “Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste. En aquel día”—y estamos en aquellos días ahora—“el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlas; y el que está en el campo, asimismo no vuelva atrás” (v. 30-31). ¡Salgamos enseguida, sin retrasos, sin dilaciones! Los que están preparados serán tomados; los no preparados serán dejados. “...en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado; y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado” (v. 34-36). Los preparados y los no preparados vivirán juntos; pero aquel día y aquella noche los separarán. Los unos serán tomados; los otros dejados. ¡Que estemos preparados para aquel día ahora, para que seamos tomados con Cristo!

ISLAS DE PAZ EN EL MAR DEL MUNDO
Todos los Santos Benedictinos, 13 de Noviembre
Is 61, 9-11; Sal 99; Jn 15, 1-8

Hoy tenemos la gran felicidad de celebrar otra fiesta de todos los santos—esta vez son todos los santos monjes y monjas que han vivido según la Regla de San Benito. Estos son los que han dejado todo de este mundo para vivir sólo para Dios con todo su corazón, con un corazón indiviso por amor a Jesucristo. Es una vida que abraza la cruz de Cristo con amor y gran predilección, y en esta cruz de Jesucristo ellos encuentran toda su felicidad. San Benito, comenzando su propia vida monástica viviendo como ermitaño en una cueva por tres años, poco a poco aprendió los principios de la vida espiritual y monástica, y, al fin, organizó con una regla este tipo de vida—para que muchos pudieran santificarse así, siguiendo sus huellas. La forma de vida que él desarrolló contiene la sabiduría del Este y de toda la tradición monástica antes de él, junto con su propia experiencia y la sabiduría personal que él adquirió al vivirla.

Es una vida, como dice la oración colecta, que deja todo por Cristo, absteniendo de los deseos de este mundo para alcanzar las riquezas del amor divino. Es una vida que recibe una recompensa céntupla en este mundo por haber dejado todo, como dice esta misma oración: “Señor, tú has prometido el *céntuplo* en este mundo, y luego la vida eterna, a quienes por ti *dejaron todo*; concédenos...abstenernos de tal manera de los *deseos* de este *mundo* que merezcamos alcanzar las riquezas de tu amor”.

¿Qué es esta recompensa céntupla?, sino la recompensa en esta vida del amor de Dios en nuestro corazón, dado sobreabundantemente a los que “dejaron todo”. Este gran amor de Dios encontramos en Cristo, que vive en nosotros, y nosotros en él, sobre todo cuando dejamos todo por él y vivimos sólo para él. Este dejar todo por él es el misterio del tesoro escondido y de la perla preciosa, que se obtienen sólo al precio de todo lo que tenemos en este mundo. Como estos hombres no pudieron ni comprar el campo ni la perla sin dejar primero todo lo que tenían y venderlo, así tampoco nosotros podemos alcanzar las riquezas del amor divino en nuestra vida y corazón sin dejar primero todo lo demás, toda cosa de este mundo que nos pudiera dar placer innecesario fuera de Dios. Este tipo de vida, en toda su radicalidad, es la vida monástica, la vida que San Benito desarrolló, y para la cual legisló. Y los santos que vivieron según su regla son los que han logrado vivir estos ideales. Han alcanzado este gran amor de Dios en su corazón y en toda su vida por haberse *abstenido* “de los deseos de este mundo”, como dice la oración colecta. Y ¿qué significa abstenerse de los deseos de este mundo? sino mortificar, apaciguar y, al fin, ser librados de las pasiones. Esta liberación de las pasiones es la meta de esta vida de *abstenerse* de los *deseos* de este *mundo* y vivir sólo para Dios con todo nuestro corazón, con un corazón sacrificial e indiviso en su amor por Dios. Los que verdaderamente han logrado llegar a vivir así son los que han recibido la recompensa céntupla en este mundo, y son los santos a quienes honramos hoy.

Ellos son como el hombre justo descrito por Isaías: “Ese morará en las alturas: picachos rocosos serán su alcanzar, con abasto de pan y provisión de agua. Sus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos” (Is 33, 16-17). ¡Que bella esta descripción! Viven sólo por Dios y para Dios en toda simplicidad como en un picacho

rocoso con “abasto de pan y provisión de agua”. Su refugio es una fortaleza de rocas en las alturas.

San Benito organizó una forma de vivir estos ideales en comunidad. Antes de esta organización, muchos “anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra” (Heb 11, 37-38). Vivieron algunos de ellos como palomas “en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes” (Ct 2, 14), es decir, en cuevas en los riscos dominando con la vista la mar. Otros subieron del desierto, recostados sobre su amado divino, “como columna de humo, perfumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático” (Ct 3, 6), llenos de los aromas de la contemplación en los lugares los más remotos, donde se fueron para estar a solas con el amado de su corazón. Se escondieron otros en las cimas de las montañas, y su amado divino los llamó desde el Líbano, “desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y de Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos” (Ct 4, 8). Su amado divino vino a ellos “Sobre las montañas de los aromas” (Ct 8, 14).

Dios iba allá al encuentro con ellos en la contemplación, y dice, “Hasta que apunte el día y huyan las sombras, me iré al monte de la mirra y al collado del incienso” (Ct 4, 6). Juan el Bautista fue el prototipo de los monjes, y él “estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6). San Benito les dio a estos hombres una regla, y los organizó como islas de paz en medio del mar del mundo, como oasis de tranquilidad y contemplación en medio del desierto de esta vida.

EL GRAN DÍA DEL SEÑOR—ESTEMOS PREPARADOS

33 Domingo del Año

Mal 3, 19-20; Sal 97; 2 Ts 3, 7-12; Lc 21, 5-19

Hoy oímos el gran evangelio sobre el fin del mundo. Es una escena que nos puede volver sobrios y darnos el deseo de convertirnos definitivamente a la luz de este gran acontecimiento del fin de los días. Malaquías profetizó este gran día: “he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará... Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada” (Mal 4, 1-2). Esto será el fin de toda cosa mala—será quemada en el fuego como estopa; pero para los buenos, esperamos el nacimiento del Sol de justicia, y los días de salvación. Que seamos entre estos últimos en este último día.

En este gran día “no quedará piedra sobre piedra” del templo que no sea destruida” (Lc 21, 6). Hemos visto esto. El templo ya no existe. Pero más grandes aún son las cosas que todavía esperamos para venir sobre el mundo: “guerras y rumores de guerras” (Mt 24, 6); “terremotos...hambres, y pestilencias” (Lc 21, 11), “grandes señales del cielo” (Lc 21, 11). “...el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (Mt 24, 29). “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los

hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas” (Lc 21, 25-26). Será un día de temor para los que no están preparados; pero un día de gran gozo para los que vigilan y velan con alegre expectativa por la venida del Señor.

Isaías profetizó este gran día del juicio de la tierra: En este día, dice, “todo el ejercito de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejercito, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera. Porque en los cielos se embriagará mi espada” (Is 34, 4-5). El cielo se enrollará como uno de estos antiguos libros que fueron papel enrollado en un rollo. Es decir, será el fin de todas las cosas como nosotros las conocemos. Y entonces los inicuos serán castigados, y los justos recompensados con gloria.

San Juan tuvo una visión de este gran día, y lo describió así: “el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento, y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Apc 6, 12-17).

En este gran día, todo hombre verá la justicia de Dios. Cada uno recibirá la recompensa debida por su vida y sus acciones. El tiempo de la misericordia habrá terminado. Los justos entrarán en la gloria; y los inicuos en el fuego eterno, sin posibilidad de arrepentirse y salir por toda la eternidad. Ahora, pues, es el tiempo de la misericordia divina, el tiempo del arrepentimiento. Estemos, entonces, preparados ahora, vigilantes y diligentes, no negligentes ni perezosos, para que no venga de repente sobre nosotros aquel día. “Porque como un lazo, vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra” (Lc 21, 34-35).

¿Cómo será aquel día, cuando las estrellas del cielo caen sobre la tierra como las hojas caen de la parra o los higos de la higuera “cuando es sacudido por un fuerte viento”? Será un día de terror y temor; de maravilla y asombro—terror para los inicuos; maravilla para los justos. Será el inicio de la vida eterna, o bien en el infierno, o bien en el cielo. Y el sol se pondrá negro y el mismo cielo se enrollará como papel en un rollo. Entonces, cuando el cielo se enrolla así, no habrá más oportunidad de arrepentirnos y de cambiar nuestro modo de vivir. Ahora es el tiempo propicio de cambiar nuestra forma y estilo de vivir, antes de que veamos las estrellas cayendo sobre la tierra como higos de la higuera y hojas de la parra. *Ahora* es el tiempo de empezar una vida estricta, y vivida estrictamente según la voluntad de Dios y las inspiraciones del Espíritu Santo, una vida de imitación de Jesucristo y su pobreza y cruz, una vida de imitación de la vida heroicamente virtuosa de los santos, nuestros modelos que la Iglesia nos ha dado para imitar sus virtudes y su heroísmo. Imitándolos a ellos, imitamos a Cristo.

Antes de que venga este día final, temeroso y glorioso, “os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles... Y esto os será ocasión para dar testimonio...y seréis aborrecidos de todos por causa de mí nombre. Pero...con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (Lc 21, 12.13.17.18.19). Seremos aborrecidos por causa de Cristo por los que no lo conocen y no viven según su enseñanza. Hemos de

esperar esto también. Es una de nuestras pruebas, a ver y probar si tenemos valentía o no, si somos valerosos o cobardes, si tenemos la virtud a grado heroico, o no. Aun sus propias familias les van a traicionar o entender mal. “...seréis entregadas aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros” (Lc 21, 16). Pero Dios estará con los justos, y “ni un cabello de vuestra cabeza parecerá” (Lc 21, 18).

Cuando este día se acercará, “los que están en Judea, huyan a los montes” (Lc 21, 21). Así como fue en la destrucción de Jerusalén, así será otra vez en el último día, por eso “huyan a los montes” como en el día de Lot, cuando Lot huyó de Sodoma, y “llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste” (Lc 17, 29). “Huyan a los montes”, “no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot” (Lc 17, 31). Así dice Jesús. Tenemos que huir del mundo. En el día de Lot, los dos ángeles lo “asieron de su mano...y lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad. Y... dijeron: Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas... Entonces el Señor hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte del Señor desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura... Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal” (Gen 19, 16-17.24-26).

Antes de que llegue este gran día de destrucción y salvación, tenemos que huir de la ciudad mundana, de la vida mundana, y escapar al monte, a las montañas, a vivir con Dios y según la voluntad de Dios. Así, como hizo Matatías y sus hijos en los tiempos de los Macabeos, dejando la ciudad y huyendo a las montañas, también nosotros tenemos que dejar nuestra vida pasada y huir a las montañas para vivir radicalmente según la voluntad de Dios. “Y dejando en la ciudad cuanto poseían, *huyeron* él y sus hijos a las *montañas*” (1 Mac 2, 28). “El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa”, dice Jesús; “y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa” (Mt 24, 17-18). Hay que tener prisa, hay que huir ahora cuando todavía hay tiempo, cuando todavía hay oportunidad.

“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo... Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt 24, 30-31).

“Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca... Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (Lc 21, 28.36).

Jesús nos enseña estas cosas para que estemos siempre vigilantes, siempre esperando su venida, siempre preparados a recibirle con alegría, y no con temor. Debemos estar en un estado constante de preparación. Él quiere que nuestra vida presente sea un anticipo de la vida de gloria que comenzará en este gran día. Esta gloria comenzará a nuestra muerte si esta viene primero; pero para todo hombre comenzará en este último día cuando todo será transformado, y el reino de Dios será manifestado.

Comencemos, pues, hoy a cambiar nuestra vida y nuestro estilo de vivir, para que estemos preparados; y este día nos halle vigilando en alegre expectativa.

LOS DOS TESTIGOS
Sábado, 33 Semana del Año
Apc 11, 4-12; Sal 143; Lc 20, 27-40

Estamos ahora en los últimos días del año litúrgico, y las lecturas enfocan nuestra atención en el futuro. El evangelio habla del cielo como un lugar donde no se casa, sino que ahí todos tienen un corazón indiviso en su amor por el Señor. En la primera lectura oímos sobre los dos testigos misteriosos que vendrán en los últimos días para profetizar y hacer prodigios en la tierra. Sin duda profetizarán mucho contra los pecados y desviaciones de la multitud, porque en su muerte “los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían *atormentado* a los moradores de la tierra” (v.10). Pero después de tres días y medio, Dios los resucitó, así mostrando a la gente que estos dos testigos tenían gran favor a los ojos de Dios. Y “entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que vieron. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron” (v. 11-12).

Estamos ahora en estos últimos días. Dios nos ha dado testigos para guiarnos. Son los santos en la historia de la Iglesia, santos como San Bernardo, nuestros fundadores, San Benito, los Padres del Desierto, San Juan Casiano, San Antonio, Abad, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila, Tomás de Kempis, Madre Teresa, el Papa Juan Pablo II, San Francisco de Asís, Carlos de Foucauld, etc. Estos son los testigos que Dios nos ha dado para recordarnos del camino auténtico de la vida, y disuadirnos de los caminos falsos de este mundo. Ellos son nuestros ojos, nuestros guías. Sin duda, su mensaje, predicación, y el testimonio de su vida molestan a muchos que se han desviado del camino de la vida, a los que han olvidado la espiritualidad auténtica y tradicional cristiana y monástica. Y sin duda muchos se han regocijado cuando sus días se han acabado, “porque estos profetas habían *atormentado* a los moradores de la tierra” (v. 10). Pero ellos son los testigos de Dios. Son como “los dos olivos y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra” (v. 4).

Dios reivindica y apoya a sus santos testigos, que son sus amigos; y en el último día los resucitará en gloria ante todos. Es *el* que les inspira y envía para testimoniar a la verdad en este mundo olvidadizo. Cada vez que el hombre busca los caminos más cómodos, estos testigos de Dios nos recuerdan donde está el camino de la vida, el camino de la voluntad perfecta de Dios, el camino de la cruz y nueva vida en Dios, el camino de la divinización y transformación, el camino de la santidad. Debemos regocijarnos en nuestros testigos.

EL REY UNIVERSAL Y PACÍFICO

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. Último Domingo del Año
2 Sam 5, 1-3; Sal 121; Col 1, 12-20; Lc 23, 35-43

Hoy honramos al Rey pacífico y universal, el “Rey de reyes y Señor de señores” (Apc 19, 16). Hoy es la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, el último domingo del año litúrgico. Cristo es nuestro Rey pacífico y universal. Es un gran sueño de toda la humanidad que un día vendría a la tierra un rey justo que establecería un reino universal y justo sobre toda la tierra, que duraría por siempre, un reino justo, eterno, y sin límites. Cristo es el cumplimiento de este gran sueño de toda la humanidad. Dios nos dio este sueño, este anhelo, y nos dio también su cumplimiento en su único Hijo quien es el Rey universal y eterno de la tierra, un Rey que trae la paz celestial a la tierra, quien apacigua y domina las naciones, y cuyo dominio e imperio es vasto y se extiende de mar a mar, y hasta los confines de la tierra. Él cumple todos nuestros deseos, y lleva todas las cosas a su perfección. Por medio de su misterio pascual, este Rey perfecto y pacífico ha establecido “un reino eterno y universal: el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz” (Prefacio).

¡Qué diferente es su reino de los reinos de este mundo! Él vino para librarnos de nuestros errores, de nuestras esclavitudes, de nuestra mundanidad, de nuestra tristeza, de nuestras satisfacciones falsas y vacías. Él vino para llevarnos a su reino eterno y universal, que se extiende de mar a mar y sobre toda la tierra, y permanece para siempre. Su reino, diferente de los reinos de este mundo, es el reino de la verdad. Ahí no estaremos engañados, ni desviados. Es también el reino de la vida, de la vida verdadera, llena de alegría sana, sobria, y real. Él quiere que tomemos vida de él, verdadera vida que nos alegrará desde dentro de nuestro corazón, no con los placeres falsos y artificiales de este mundo que nos dejan vacíos y tristes.

Su reino es un reino de la santidad, y sabemos que la santidad es una vida heroicamente virtuosa y perfectamente obediente a la voluntad de Dios para con nosotros en todo. Siendo un reino de la santidad, él nos une con Dios, quien es la esencia y fuente de toda santidad, justicia, amor, y vida divina. El reino de Cristo, Rey Universal, nos da todas estas cosas. Es un reino de la gracia porque recibimos de Cristo, el Verbo encarnado y sacramentado, “gracia sobre gracia”, “porque de su plenitud tomamos todos” (Jn 1, 16). Esta gracia nos eleva a un nuevo nivel de vida, al nivel sobrenatural, a una vida en Dios, y con Dios, participando en la alegría de Dios, que es una verdadera alegría, muy sana y santa que nos da mucha luz interior. Es un reino también de la justicia, porque todas las sendas del Señor son rectas, no torcidas; y si seguimos este sendero, veremos en nuestra vida que, en poco tiempo, todo valle será alzado, y bajado todo monte y collado; y lo torcido se enderezará, y lo áspero se allanará (Is 40, 4).

El reino de nuestro Rey eterno y pacífico es también un reino de amor, porque él nos conduce por los senderos rectos, sanos y santos que nos injertarán en el amor espléndido que corre entre el Padre y el Hijo. Este amor llena nuestro corazón y nos da la capacidad de irradiarlo a los demás, y haciendo así, crecemos más aún en este mismo espléndido amor de Dios en nuestro corazón.

Finalmente el reino de Cristo es un reino de paz, de paz celestial en la tierra. Es la paz que los ángeles desearon a los hombres de buena voluntad en el nacimiento de Jesucristo, nuestro Rey pacífico. Es la paz de Cristo que nos viene por medio de su misterio pascual, cuando nosotros participamos en este misterio al llevar nuestra cruz cada día, siguiendo en sus huellas con amor. ¿Qué mejor cosa hay que esto, de ser clavados con el amado de nuestro corazón en su misma cruz por amor a él y en imitación de su vida crucificada y sacrificada? En esto está toda la alegría de nuestro corazón, y una paz que el mundo no conoce, ni puede dar.

¡Qué ganas tenemos de vivir verdaderamente en este reino de nuestro Rey universal y pacífico! Los profetas profetizaron este reino. Profetizó Zacarías sobre él: “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asno. Y de Efraín destruiré los carros, y los caballos de Jerusalén, y los arcos de guerra serán quebrados; y hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Zac 9, 9-10).

Será un tiempo de alegría y júbilo cuando él venga—“alégrate mucho, hija de Sion”. La razón de esta alegría es porque este Rey pacífico nos traerá la paz, la paz de Dios, la paz celestial, que sólo Dios puede dar, y que él dará sólo a los que entran en su reino y guardan sus leyes, obedeciendo su voluntad. Cuando hacemos esto, lo cual es *nuestra* parte, entonces el Rey hará *su* parte, que es darnos su paz celestial—destruirá los carros, caballos y los arcos, “y hablará paz a las naciones”. “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo da” (Jn 14, 27). Él no nos la da como el mundo da. Su paz es verdadera. Es la paz celestial.

Y vendrá como un niño—“porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre... Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre” (Is 9, 6-7). Él será un Rey universal—“lo dilatado de su imperio...no tendrá límite”; y eternal—“desde ahora y para siempre”. Será rey—“el principado sobre su hombro”; y nos traerá la paz—“se llamará su nombre... Príncipe de paz...”. Sólo tenemos que creer en él, arrepentirnos de nuestras desviaciones, y seguir sus leyes y su voluntad, y estaremos en su reino de paz; y él será nuestro Príncipe de Paz. Es cuando desviamos de su voluntad que perdemos su paz. Él quiere que vivamos en su paz celestial.

El ángel Gabriel llevó al cumplimiento esta profecía, diciendo a la Virgen María: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 32-33). Jesús será un rey de la linaje de David, y su reino será eternal—“no tendrá fin...” “reinará para siempre”. Él reina en nuestro corazón; está en nosotros, y nosotros estamos en él. Si hacemos perfectamente su voluntad, conoceremos su paz. Dijo: “Estas cosas os he hablado, para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33). El reino de Jesús es un reino universal de paz que no tendrá fin para los que se someten a Cristo y dejan los caminos falsos de este mundo.

Isaías profetizó que en los días de este gran Rey pacífico, “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia domestica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán

juntas; y el león como el buey comerá paja” (Is 11, 6-7). Así será, profetizó Isaías, en los días de este Rey universal y pacífico. Nosotros vivimos en sus días ahora. Pero ¿cuántos disfrutaron de su gran don de paz celestial? Los que hacen su voluntad. Si nos habíamos desviado, y por eso hemos perdido esta paz, ahora es el tiempo de arrepentimiento, y nuevo comienzo—sobre todo porque la próxima semana es el Primer Domingo de Adviento y el comienzo de un nuevo año litúrgico. Estemos preparados ahora al vivir en este reino pacífico, obedeciendo sus leyes, y disfrutando de su paz celestial.

¿Cómo será este reino? Hemos visto su principio. Lo vemos creciendo ahora; y esperamos su venida completa en el futuro. ¡Ojalá que estemos creciendo en su paz celestial ahora! El salmista profetizó sobre este reino pacífico que vendrá: “Florecerá en sus días justicia y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna. Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra... Vivirá, y se le dará del oro de Sabá, y se orará por él continuamente; todo el día se le bendecirá... Será su nombre para siempre, se perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditos serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado” (Sal 71, 7.8.15.17). Su imperio será vasto, sin límites, y para siempre—“hasta los confines de la tierra”, “hasta que no haya luna”, y traerá “muchedumbre de paz”. Él vivirá en *gloria* como el sol. Es el “que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col 1, 12). Él hace todo esto para los que le obedecen. Arrepintámonos, pues, y disfrutemos de la paz celestial de su reino.

UN DÍA DE LUZ SIN OCASO
Sábado, 34 Semana, Último Día del Año
Apc 22, 1-7; Sal 94; Lc 21, 34-36

Hoy es el último día del año litúrgico, y la primera lectura nos da una vista de la Jerusalén celestial donde veremos el rostro de Dios. “...el trono de Dios y del Cordero estará en ella...y verán su rostro” (v. 4). Juan dice en otro lugar: “y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn 3, 2). Vivimos ahora para este día, porque “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil 3, 20-21). Si nuestra ciudadanía está en los cielos, debemos vivir más allá que acá, y vivir acá preparándonos para allá, y tratando de preparar a otras personas también para la verdadera vida de nuestra verdadera ciudadanía.

Así Pablo nos enseña que debemos poner “la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 2-3). Nuestra vida de ahora debe ser una preparación para la vida de la gloria en la Jerusalén celestial, donde todo es brillante con el fulgor de Dios y del Cordero. “No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará” (v. 5). Allá el río del agua de vida resplandecerá como cristal, y correrá en medio de la calle de oro puro. Será una ciudad de oro y luz en un día sin fin. Será un día de esplendor sin ocaso. Estaremos iluminados por el mismo Cordero que quitó los pecados del mundo. Todo será luz, una gran iluminación, una claridad espléndida, sin fin, sin noche, sin lámpara, sin sol, porque Dios nos iluminará. La ciudad

será diáfana, translúcida, como un cristal de roca, llena de luz, resplandeciente. Allí podremos calentarnos siempre en la luz del Señor como en una hoguera. Y ¿qué dice este Señor? “¡He aquí, vengo pronto!” (v. 7).

Y ¿qué dice el Señor en el evangelio de hoy? “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” (v. 36). Si queremos llegar a esta ciudad de oro y luz, a este día sin ocaso, a este esplendor sin fin, tenemos que vigilar siempre, estar siempre preparados, y así vislumbraremos aun ahora este esplendor, y viviremos calentándonos en su luz, armando nuestra tienda en las cimas de la luz y permaneciendo allí con el Señor.